
Escándalos navideños
3
Un Canalla para Navidad
USA TODAY Bestselling Author
SUZANNA MEDEIROS

UN CANALLA PARA NAVIDAD

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS
LIBRO 3

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Gracias
Escándalos navideños
Encantar un Lord
La autora

UN CANALLA PARA NAVIDAD

Si fuera un hombre mejor, se mantendría alejado de Iris Rowland. Pero nadie había acusado jamás al Conde de Wentworth de ser un buen hombre.

Después de salvar a Iris de una ruina segura, sucede lo impensable. Se obsesiona con el recuerdo de la joven a quien rescató al final de la temporada.

Solo hay una cosa por hacer. Conseguir una invitación a la fiesta navideña en la casa a la que ella asistirá. Pero en lugar de saciar su curiosidad sobre Iris, se sorprende al descubrir que su inconveniente atracción podría ser algo más.

Copyright © 2024 Saozinha Medeiros
Título original: A Rogue for Christmas © 2023 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

CAPÍTULO UNO

Diciembre de 1818

SI FUERA UN HOMBRE MEJOR, se mantendría alejado de la señorita Iris Rowland. Pero nadie había acusado jamás al conde de Wentworth de ser un buen hombre. Por eso se había esforzado en conseguir una invitación a la fiesta anual de Navidad del vizconde Thornton.

Era un riesgo calculado, ya que no podía estar seguro de que Iris asistiría. Pero sus discretas indagaciones habían demostrado que este era su mejor curso de acción. Su único camino a seguir, realmente, si no quería esperar hasta que comenzara la próxima temporada para volver a verla.

Habían pasado años desde que Wentworth se había aventurado al campo para Navidad. Normalmente pasaba el día en Londres, donde no tendría que escuchar las constantes conferencias de su madre sobre su conducta impropia. Quedarse en la ciudad también le facilitaba llevar a cabo sus asuntos.

No es que hubiera tenido ninguna relación últimamente, lo cual era precisamente la razón por la que estaba en Surrey. Iris Rowland estaba constantemente en sus pensamientos; incluso había soñado con ella. Se necesitaba una acción drástica para exorcizar cualquier hechizo que ella hubiera lanzado sobre él.

Solo había hablado con ella una vez, y su encuentro había sido breve, pero cada segundo de su reunión en los jardines durante el último baile de la temporada estaba grabado en su memoria.

Se había aburrido temprano en la noche y había hecho arreglos para encontrarse con una viuda demasiado ansiosa para divertirse un poco. Últimamente le resultaba cada vez más difícil disfrutar de sus diversiones habituales y temía estar volviéndose hastiado. Esperando que solo fuera una fase, se escabulló a los jardines tenuemente iluminados.

La luna no estaba posicionada correctamente para proporcionar suficiente luz esa noche, y los grandes arbustos y matorrales floridos proyectaban sombras oscuras a lo largo del sendero. Pero la luz no era un requisito para lo que sucedería esta noche. Un cuerpo era muy parecido a otro en la oscuridad.

Culpó a las sombras por su error al confundir a la mujer que estaba en el jardín con la voluptuosa viuda.

Ella ya lo estaba esperando, de espaldas. Dejó escapar un suspiro mientras se colocaba detrás de ella. Era demasiado mayor para cometer el error de dar la espalda al sendero, donde cualquiera podría encontrarla.

Colocó sus manos en las caderas de ella y la atrajo hacia sí. Su boca ya estaba descendiendo

hacia la extensión expuesta de piel en la base de su cuello cuando ocurrió lo inesperado. Ella levantó el brazo, pero en lugar de alcanzar hacia atrás para enterrar sus dedos en su cabello, llevó su codo bruscamente contra su abdomen.

No fue suficiente para lastimarlo, por supuesto, pero la soltó de inmediato. Disfrutaba de sus aventuras, pero nunca forzaría a una mujer. Seducirla, sí, pero nunca usaría la fuerza. También estaba molesto porque ella estaba jugando con él. Si esta mujer pensaba que él iba a perseguirla para conseguir lo que quería, se llevaría una amarga decepción.

Se estaba preparando para decirle precisamente eso mientras ella se giraba para enfrentarlo, pero la amonestación murió en sus labios.

Maldita sea, esta no era la ansiosa viuda del salón de baile. No, la joven indignada era la última persona que esperaba encontrar aquí.

Iris Rowland. Cuñada del conde de Seaford y, por todas las indicaciones, una inocente.

Observó el juego de emociones cruzar su hermoso rostro. Indignación, luego shock. Sus ojos azules se ensancharon y sus manos volaron a sus labios. Sus mejillas estaban rojas, pero vio cómo el color se desvanecía en cuestión de momentos.

—¡Oh! Usted no es...

Pareció pensar mejor revelar a quién planeaba encontrar y cerró los labios de golpe.

—¿Supongo que esperaba a alguien más?

Pensó que ella negaría con la cabeza. Quizás balbucearía alguna excusa y luego huiría. En cambio, cruzó los brazos sobre su cintura y le frunció el ceño. La posición enmarcó su escote, y él fue incapaz de evitar que su mirada bajara hacia sus pechos. Su generosidad era más modesta que la de la viuda, pero se encontró preguntándose cómo se sentiría arrastrar a esta mujer a sus brazos y hacerle el amor.

—¿Ya terminó?

Él se rio.

—Puede dejar de actuar como la doncella escandalizada, señorita Rowland. Ambos sabemos por qué está aquí en los jardines tarde en la noche.

Su boca se abrió, y luego ella lo fulminó con la mirada. Realmente lo fulminó. Era un cambio de ritmo divertido. Normalmente, las mujeres hacían todo lo posible por hacerse atractivas —y disponibles— para él. Y las jóvenes recién salidas a la sociedad, bueno, lo evitaban por completo.

Pero parecía que la señorita Rowland estaba hecha de una pasta más dura. Para su absoluta sorpresa, estaba intrigado.

—Usted podría estar aquí por otras... razones nefastas. Pero yo solo quería disfrutar de los jardines.

Él cruzó los brazos, imitando su postura, y mantuvo su mirada durante varios segundos. Ella apartó la mirada primero.

Ella se había enojado cuando la había atraído contra él, así que tal vez estaba diciendo la verdad y pensaba que un hombre se encontraría con ella aquí tarde en la noche, sola, y no querría tocarla.

—¿Quién pensó que era yo cuando se dio la vuelta?

Sus labios se apretaron en una línea firme, y él quiso sacudirla. Seguramente su familia no sabía que ella se escabullía a los jardines para admirar las flores con algún tipo que no pensaría nada en arruinarla.

—Necesita mantenerse alejada de los jardines por la noche. Son frecuentados por bribones y holgazanes.

Ella levantó la barbilla, lo que de alguna manera, a pesar de que él era al menos un pie más alto que ella, tuvo el efecto de hacer parecer que lo estaba mirando desde arriba.

—Tal vez eso era lo que estaba buscando. Alguien que no fuera manso.

Estaba bastante seguro de que su comportamiento era una muestra de valentía. Claramente, la señorita Rowland necesitaba que alguien la sacudiera de su complacencia. Para mostrarle que el mundo no era un lugar seguro para las jóvenes de buena cuna.

Se acercó más, consciente de la forma en que ella lo atraía como un imán. Normalmente, estaría poniendo la mayor distancia posible entre él y alguien que acababa de entrar en el mercado matrimonial.

—¿Está buscando peligro, señorita Rowland?

Sus ojos se ensancharon con sorpresa.

—¿Sabe quién soy?

Él mantuvo su mirada.

—Me aseguro de conocer las identidades de las jóvenes hermosas.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo examinaba.

—No puedo decidir si eso es un cumplido genuino o solo algo que le dice a todas las mujeres.

Se encogió de hombros. —Hay suficientes mujeres hermosas en Londres como para no tener que mentir a las que no lo son.

Ella hizo una mueca. —Es humillante saber que solo soy una más entre muchas.

Él necesitaba alejarse de ella. En su lugar, se acercó más y le sostuvo suavemente la barbilla. Una sorprendente chispa de atracción recorrió su brazo. No podía recordar la última vez que una mujer le había intrigado tanto.

—No hay nada ordinario en ti.

El calor volvió a inundar sus mejillas. —Gracias.

Él bajó la mano, pero no se apartó. No podía. —¿A quién esperabas, Iris?

—Tal vez esperaba que el infame Lord Wentworth me viera escabullirme y me siguiera hasta aquí.

Él se rio, encantado a pesar de sí mismo por su bravuconería. —Estás jugando un juego peligroso. ¿Qué dirías si te dijera que eso es exactamente lo que ha pasado? Que te he seguido hasta aquí y ahora lo único que quiero es besarte hasta dejarte sin sentido.

Entonces ella se apartó y dio un paso atrás. —El señor Tobias Miller me ha estado cortejando. Me dijo que quería que pasáramos unos minutos a solas. Pensé que quizás deseaba llevar nuestro cortejo más allá.

Una niebla de ira inesperada se apoderó de él. Sabía exactamente lo que Miller quería de Iris, y no era proponerle matrimonio. Mantuvo la mirada fija en ella, sabiendo que sus siguientes palabras revelarían la verdadera razón detrás de la incursión de Iris en estos jardines.

—Estuve en White's esta mañana. Miller se jactaba de que acababa de pedir la mano de la señorita Bennington y que su propuesta había sido aceptada.

Todo el color desapareció del rostro de Iris. —No lo sabía. —Desvió la mirada, sin duda dándose cuenta de que la propuesta de Miller no había sido tan inocente como ella esperaba.

—¿Le tienes afecto? —Sentía el impulso irracional de buscar a Miller y golpearlo.

Ella suspiró, y él sintió que se le encogía el corazón. Ignoró la sensación. Él no tenía corazón.

—No, por eso decidí encontrarme con él aquí. Iba a decirle que probablemente sería mejor si cesara su cortejo. —Sus labios se torcieron en una mueca irónica—. Pensé que me estaba permitiendo ser poco razonable en mis expectativas, pero había algo en él que me ponía los

nervios de punta. Parecía *demasiado* solícito.

Su respuesta no debería haber provocado la oleada de alivio que lo invadió. —Es un sinvergüenza de la peor calaña. Una joven como usted no espera ser descarriada y que se aprovechen de ella.

—Fui tonta al venir aquí. Tiene razón. Debería irme.

Empezó a pasar junto a él, pero había notado cómo su cuerpo se encogía de vergüenza. La ira lo invadió al pensar que alguien intentara hacer sentir inútil a esta mujer. —Puedo retarlo a duelo.

Ella se quedó paralizada, sorprendida por su declaración. Su arrebato también lo había sorprendido a él.

Se volvió para mirarlo y negó con la cabeza, haciendo que esos cuidados rizos rubios bailaran alrededor de su rostro. Él se preguntó cómo se vería su cabello cuando se lo soltara esa noche antes de meterse bajo las sábanas. ¿Dejaría que la masa se extendiera por las sábanas o trenzaría cuidadosamente los mechones para evitar enredos?

Después de mirarlo fijamente durante varios segundos, negó con la cabeza. —No lo conozco. ¿Qué diría la gente cuando se supiera? La gente siempre murmura. Nuestros nombres quedarían vinculados, y todos se preguntarían... —Tomó una bocanada de aire, y él quedó impresionado por la forma en que ella tomó el control sobre su evidente pánico—. Gracias por la oferta, milord, pero creo que lo mejor será que vuelva al salón de baile ahora.

Él inclinó la cabeza. —Quizás eso sería lo mejor.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa. —Estoy en deuda con usted, milord.

¿Por qué quería tomar a esta joven en sus brazos y decirle que la protegería? Ella ya tenía protectores. Sabía que Seaford mataría a cualquier hombre que intentara aprovecharse de la hermana de su esposa. Él mismo había emitido la advertencia en White's al comienzo de la temporada. Pero aparentemente Miller tenía un deseo de muerte.

Dejando de lado el incómodo impulso de proteger a Iris, inclinó la cabeza. —Cualquier verdadero caballero haría lo mismo.

Ella suspiró. —Y ahora debo enfrentarme a él. En algún momento de esta noche se me acercará y me preguntará por qué cambié de opinión sobre encontrarme con él aquí.

—Si se acerca a usted, simplemente sonría y felicítelo por su compromiso.

Eso provocó el fantasma de una sonrisa. —Me gusta como suena eso. Y luego me aseguraré de correr la voz sobre su próximo matrimonio para que no pueda atraer a ninguna otra incauta a los jardines.

Ella empezaba a alejarse de nuevo, pero él no podía dejarla ir así.

—Iris.

Ella se detuvo y se volvió para mirarlo. —Miller es un tonto. Usted vale por diez, no, por cientos de las otras jóvenes aquí. Ella tiene una gran fortuna a su nombre pero poco más que la recomiende. Usted es hermosa y fuerte. No lo olvide.

Ella le dedicó una suave sonrisa. —No se preocupe por eso. Cuando termine de correr la voz sobre cómo lo escuché intentando atraer a una víctima desprevenida para sus desenfrenos en los jardines después de haberse comprometido con otra... —Levantó un hombro—. Tiene razón, por supuesto. No soy yo quien debería avergonzarse. Gracias por señalarlo.

—Estoy muy feliz de ser de utilidad.

Y lo estaba. La vio marcharse, y justo a tiempo. La viuda entró entonces en el cenador del jardín, apenas unos segundos después de que Iris se hubiera ido. Hizo una mueca al pensar en cómo las dos se habrían cruzado.

Ella se arrojó a sus brazos, pero sus pensamientos estaban demasiado llenos de la joven a la que acababa de salvar de la ruina. Su humor se había agriado. Y si era honesto consigo mismo, preferiría hablar con Iris Rowland que levantar las faldas de esta mujer cuyo nombre ni siquiera conocía.

La apartó. —Me temo que ha surgido algo. Solo estoy aquí para decirte que no podemos escaparnos juntos.

Ella hizo un puchero. —Ya me he despedido. Si necesitas irte, quizás puedas acompañarme en mi carruaje.

Él observó cómo ella se inclinaba un poco hacia adelante, ofreciéndole una tentadora vista de sus pechos que amenazaban con derramarse por encima de su vestido. Pero la visión hizo poco por atraerlo.

Necesitaba hablar con Miller. Advertirle que se alejara de Iris... de corromper a cualquier doncella, en realidad, con falsas promesas de un futuro que nunca les daría. Esa era la única razón por la que ya no estaba de humor para coquetear. Después de arreglar las cosas con Miller —en realidad, había muchas mujeres experimentadas más que dispuestas a escabullirse para un rápido revolcón—, entonces podría dejar atrás los pensamientos sobre Iris.

La viuda finalmente se escabulló, con el fastidio claramente visible en su expresión malhumorada y en la forma en que enderezó los hombros al darse la vuelta para irse.

Se movió hacia las sombras y esperó a que Miller llegara. Con suerte, Iris no se toparía con él primero. Tenía muchas ganas de *hablar* con el hombre.

CAPÍTULO DOS

WENTWORTH VOLVIÓ BRUSCAMENTE al presente cuando el carruaje se detuvo. Había repasado esa escena demasiadas veces en los últimos seis meses, permitiendo que ese breve encuentro con Iris Rowland ocupara demasiado sus pensamientos.

Eso cambiaría hoy. Recuperaría el sentido común cuando la viera de nuevo y se diera cuenta de que era demasiado joven e inexperta para él. Que había permitido que un sentido de sentimentalismo hasta ahora desconocido se apoderara de él.

Mañana por la mañana estaría de vuelta a Londres y reanudaría su vida normal, sin preocuparse por la joven a la que había salvado de una ruina segura.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje, dejando entrar el aire frío en el cálido interior. Bajó, haciendo una nota mental de asegurarse de que el conductor fuera recompensado generosamente.

Miró las nubes arriba mientras cruzaba la corta distancia hasta la puerta principal y no pudo evitar preguntarse si eran señal de que la nieve estaba en camino. Apartó el sombrío pensamiento de quedar atrapado aquí durante días y siguió avanzando.

El mayordomo abrió la puerta antes de que pudiera levantar la mano, y fue recibido por un pequeño comité de bienvenida. La vizcondesa viuda y Lady Thornton sonrieron a modo de saludo e hicieron una reverencia. Detrás de las dos mujeres, de pie como centinelas vigilantes, estaban los dos obstáculos que tendría que superar. El vizconde Thornton y el conde de Seaford.

Una oleada de satisfacción lo invadió ante la presencia de Seaford. Si él estaba allí, entonces era probable que su cuñada, Iris, también lo estuviera.

Lady Thornton fue la primera en hablar.

—Estamos muy felices de tenerlo aquí. Pero debo admitir que fue algo sorprendente ver su nombre en la lista de invitados. Tenía entendido que no le gustaban las fiestas en casas de campo.

Parecía que la esposa de Thornton tenía carácter. Wentworth podía respetar eso.

Se inclinó sobre su mano y sonrió, haciendo su mejor esfuerzo por invocar todo el encanto por el que era famoso.

—He oído tantas cosas maravillosas sobre su reunión anual de Navidad que busqué una invitación. Estoy muy complacido de que pudieran acomodarme.

Lady Thornton asintió en respuesta, pero él podía notar que dudaba de su presencia. Su suegra, sin embargo, estaba radiante.

La viuda le ofreció su mano, y él se inclinó sobre ella también.

—Gracias por interceder en mi nombre.

Ella le dirigió una mirada perspicaz que hablaba por sí sola. Había emitido la invitación, sí,

pero sentía curiosidad por su presencia. Parecía que su excusa no había engañado a nadie.

—Si desea instalarse, puedo hacer que un lacayo le muestre su habitación.

Y fue entonces cuando los dos hombres dieron un paso adelante y Thornton habló.

—Si no le importa, nos gustaría hablar con usted en privado primero.

Thornton compartió una mirada significativa con su esposa, y Wentworth supo lo que se avecinaba. El vizconde iba a advertirle sobre el comportamiento adecuado.

Lanzó una mirada divertida a Seaford. Antes del año pasado, cuando el hombre había cortejado a la señorita Lily Rowland, la reputación de Seaford había sido tan salvaje como la suya. Parecía un poco hipócrita que Seaford fuera parte de esta conversación.

Pero Wentworth se negó a dejarse disuadir por su presencia. Después de todo, solo estaría aquí por un día como máximo.

WENTWORTH no se sorprendió cuando los dos hombres lo condujeron al estudio de Thornton y cerraron la puerta.

—Debo decir que me siento honrado de ser distinguido con tan auspiciosa bienvenida. ¿O este es su saludo habitual?

Los labios de Seaford se crisparon, pero luego recuperó el control de sus facciones. La expresión de Thornton, por supuesto, se volvió aún más sombría. Parecía que el matrimonio le había costado al hombre su sentido del humor.

Thornton cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué está aquí?

Wentworth arqueó una ceja.

—Recibí una amable invitación de su madre, la vizcondesa viuda.

Thornton hizo un sonido de burla.

—Se esforzó mucho por obtener esa invitación. Por mi vida, no sé por qué ella accedió a tenerlo aquí.

Se encogió de hombros. No tenía sentido negarlo. Había tenido que recurrir a varios favores.

—¿A quién está persiguiendo? —Seaford estaba apoyado contra el escritorio, su cuerpo más relajado. No estaba frunciendo el ceño como Thornton, pero Wentworth sospechaba que eso cambiaría una vez que supiera la verdad.

—Vamos, hombre —dijo Thornton—. Todos sabemos que no aceptó una invitación a una fiesta en una casa de campo porque se sentía solo y quería celebrar la época festiva con nosotros.

Parecía que Thornton iba a ser una espina en su costado. Sus labios se curvaron ante el juego de palabras, pero pensó que era mejor no reír en voz alta.

Miró a Seaford de nuevo. El conde una vez había sido considerado un libertino, así que sabía que no tenía sensibilidades puritanas. Pero después de casarse con la hermana de Iris la Navidad pasada, parecía haberse asentado.

Se dio cuenta de que lo mismo podía decirse de él después de haber conocido a Iris. No había tenido una sola amante en ese tiempo, lo cual era una situación intolerable. Su mente rehuyó los pensamientos de que él mismo podría estar listo para establecerse.

Pero había algo en Iris que lo había intrigado.

—Me resulta interesante que no tuvieran problemas en dar la bienvenida a Seaford a su familia extendida y a su hogar. ¿Recibió él el mismo interrogatorio sobre sus intenciones?

Seaford soltó una carcajada.

—El muy imbécil en realidad advirtió a la familia de Lily sobre mí. Les dijo que no se podía confiar en mí.

Thornton se encogió de hombros.

—Era la verdad.

—Y sin embargo aquí está, uniéndose a Thornton para cuestionarme sobre mis motivos.

Seaford dirigió una mirada de desaprobación al vizconde.

—Sí. A pesar del sabotaje de Thornton, logré prevalecer.

Thornton simplemente se encogió de hombros.

—Estaba husmeando alrededor de la prima de mi esposa.

—Puedo entender su cautela, pero es innecesaria. ¿Alguna vez han oído a alguien acusarme de aprovecharme de una mujer?

Seaford negó con la cabeza.

—Si no tiene nada que ocultar, entonces puede decirnos por qué está aquí.

Wentworth dejó escapar un fuerte suspiro al abandonar toda pretensión. Todos se darían cuenta de por qué estaba allí en el momento en que hablara con Iris. Encontró la mirada de Seaford y se preparó para lo que pudiera venir.

—La hermana del medio de su esposa.

Seaford palideció visiblemente.

—¿Iris? Que me lleve el diablo, Lily me matará si no lo echamos ahora mismo.

Wentworth se encogió de hombros.

—No me preocuparía demasiado por eso. No espero quedarme mucho tiempo.

Todo el comportamiento de Seaford cambió. Se puso de pie y dio un paso amenazador hacia él.

—Si está pensando en mancillarla y marcharse, tendré que retarlo a duelo ahora mismo.

Wentworth levantó las manos.

—No, deténgase. Eso ha sonado completamente mal. Pero esa condenada mujer ha estado en mis pensamientos desde que terminó la temporada, y necesito exorcizarla —Sacudió la cabeza, odiando tener que explicarse ante estos dos hombres, pero no podía ser echado antes de ver esto resuelto—. Estoy seguro de que una conversación o dos serán suficientes para demostrarme que es solo otra joven tonta y frívola. Simplemente la pillé en un momento serio. Después de hablar con ella de nuevo, podré dejar de lado mi curiosidad por ella.

Thornton se echó a reír.

—Claramente no conoce a Iris si eso es lo que piensa.

Seaford negó con la cabeza.

—Iris puede ser joven, pero tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. Todas las mujeres Rowland la tienen. Es inquietante.

Wentworth frunció el ceño, reprimiendo la duda que comenzaba a invadirloe. Ya había iniciado este curso de acción y debía continuar.

—Debidamente anotado. ¿Se me permite salir de esta habitación ahora?

Thornton dejó escapar un suspiro resignado.

—Solo sepa que lo estaremos vigilando.

Wentworth inclinó la cabeza, aceptando el inevitable escrutinio. No esperaría menos y lidiaría con su comportamiento sobreprotector durante su breve estancia.

CAPÍTULO TRES

IRIS SALIÓ de su alcoba y se dirigió a la planta baja.

Siempre se retrasaba cuando tenía que viajar. El trayecto a la casa de su prima Celia no era largo, así que el viaje en carruaje no había sido demasiado agotador. Pero no había podido dormir la noche anterior debido a su emoción.

Deambuló hasta la sala de estar, donde podía oír voces que flotaban hacia el pasillo. Dudó un momento afuera, escuchando los murmullos excitados. Captó risitas y solo fragmentos de susurros. *No puedo creer que esté aquí... Nunca asiste a fiestas en casas de campo... ¿Crees que planea sentar cabeza?...*

La especulación despertó su curiosidad. Esperando encontrar a alguien conocido, entró en la habitación.

El espacio estaba lleno de muchas de las invitadas femeninas que se agrupaban en el sofá o de pie en grupos. Todas parecían estar hablando de este misterioso invitado.

La curiosidad de Iris se había despertado. Sus pensamientos volaron inmediatamente hacia el hombre que había conocido cerca del final de la temporada en Londres. Lord Wentworth. Su llegada a un evento como este seguramente provocaría este nivel de especulación entre todas las mujeres, tanto jóvenes como mayores. Pero Wentworth nunca asistiría a una fiesta navideña en el campo.

Por todo lo que había oído sobre el hombre, era un libertino empedernido. Y la forma en que había pasado de halagarla a marcharse con una mujer voluptuosa hacia las entrañas del jardín, con una sonrisa maliciosa en su rostro, le había hecho hervir la sangre.

No, nunca asistiría a un evento así, lo cual era exactamente de su agrado porque nunca quería volver a verlo.

Sus ojos recorrieron la habitación y se posaron en las dos mujeres que quería ver, que estaban agrupadas junto a la ventana. Su hermana Lily y su prima Celia.

Se encontraron con su mirada, y ella sonrió a modo de saludo, pero antes de que diera siquiera un paso en su dirección, el aire en la habitación cambió abruptamente. Los susurros se silenciaron, y todos se volvieron para mirarla.

Observó sus ojos abiertos y expresiones boquiabiertas. Algunas rápidamente ocultaron su sorpresa, mientras que otras continuaron mirándola ávidamente como si nunca la hubieran visto antes.

Se miró el vestido, preguntándose si algo estaba mal, pero no pudo ver nada fuera de lugar. Luego se llevó una mano al cabello. Se lo había recogido cuidadosamente después de despertar de su siesta. ¿Se había soltado?

—Creo que me están mirando a mí. Usted, como siempre, está impecable y encantadora.

Se quedó helada, el asombro la invadió al escuchar la voz que provenía de su hombro izquierdo. No, estaba imaginando cosas.

Lentamente, medio esperando descubrir que aún estaba en la cama y que, de hecho, estaba soñando, se giró hacia la izquierda y se encontró con la expresión divertida de Lord Wentworth.

—Estoy soñando —su voz apenas superaba un susurro. ¿Recordaría esto siquiera cuando despertara? Rara vez recordaba sus sueños. ¿Con qué frecuencia había invadido Wentworth sus pensamientos mientras dormía?

Una esquina de su boca se curvó en esa sonrisa burlona que tanto la había desconcertado cuando se conocieron.

—No puedo culparla por pensar así, pero soy muy real.

Estaba a punto de extender la mano para pellizcarlo, pero al final decidió que sería mejor pellizcarse su propio brazo. Con todos los ojos puestos en ellos ahora, no sería apropiado que la atraparan tocando al hombre en el improbable caso de que esto estuviera realmente sucediendo.

Apretó sus dedos sobre la piel de su antebrazo y giró, luego hizo una mueca ante la chispa de dolor.

Los ojos de él se estrecharon ante el movimiento, su frente ahora arrugada en un ceño fruncido. Por un momento absurdo, pensó que iba a extender la mano para aliviar el pequeño daño que se había infligido.

—Mi lord, qué amable de su parte unirse a nosotras —dijo Celia, apareciendo a su derecha.

Su hermana Lily apareció a su izquierda.

—Si está buscando a los caballeros, creo que están en la sala de billar.

Su frente se despejó, y su expresión adoptó su habitual diversión. Como si hubiera un diálogo constante dentro de su cabeza y estuviera constantemente ocurriéndosele ocurrentes comentarios para explicar lo que sucedía a su alrededor. Se preguntó qué estaría diciendo esa voz sobre este giro actual de los acontecimientos.

No. No podía permitirse preguntarse nada sobre este hombre. Era un hombre experimentado del mundo. Un libertino. No estaba interesado en ella en absoluto, no cuando pasaba su tiempo libre apostando con sus pares y acostándose con mujeres ligeras.

Su estómago se revolvió ante el pensamiento de las otras mujeres con las que había estado, pero se negó a permitir que él lo notara. Él encontró su mirada, y ella tuvo la impresión de que quería hablar con *ella*. En privado.

—Por supuesto —dijo él—. No me di cuenta de que estábamos segregando nuestras actividades basándonos en el sexo. —La forma en que enfatizó esa última palabra, como si intentara deliberadamente escandalizarlas, hizo que su interés se avivara de nuevo. Maldito fuera este hombre. ¿Por qué era tan cautivador?

Celia y Lily se acercaron más a ella, y se dio cuenta de que estaban tratando de protegerla. Quería reírse de ellas. Lord Wentworth definitivamente *no* estaba interesado en ella, muy a su pesar.

La vizcondesa viuda entró entonces en la habitación, y la expresión en su rostro era casi cómica. Era inconcebible para ella que él hubiera tropezado con la sala de estar cuando claramente estaba reservada solo para las mujeres en ese momento. Evidentemente, no sabía nada sobre la reputación del hombre. Iris solo había conocido al hombre una vez, pero habría adivinado que si uno estuviera buscando a Wentworth, debería buscar donde las mujeres se estuvieran congregando.

O escondido en una de las alcobas con alguien. De alguna manera logró evitar que su boca se

torciera ante ese pensamiento.

Se movieron a un lado mientras la suegra de Celia se colocaba directamente frente a él, a todos los efectos como si estuviera guardando la entrada.

—Mi lord, entiendo que esta es su primera fiesta en una casa de campo. Habrá amplias oportunidades para que todos nos reunamos más tarde. Pero hemos aprendido a lo largo de los años que a los hombres les gusta su tiempo a solas juntos.

Wentworth encontró su mirada de nuevo por encima del hombro de la vizcondesa, y ella llegó a una extraña conclusión de que podía leer sus pensamientos. Y Wentworth quería que ella supiera que lo que la vizcondesa viuda estaba diciendo era que eran las mujeres quienes querían algo de tiempo lejos de los hombres para poder chismorrear.

Y dado que habían estado haciendo precisamente eso cuando ella llegó, no podía negarlo. Levantó un hombro en un pequeño encogimiento, y los ojos de él brillaron con diversión.

Se volvió hacia Lady Thornton. —Por supuesto. Debo haber entendido mal la hora. Pensé que nos reuniríamos todos aquí.

—Oh no, hay un horario establecido para que los hombres se reúnan en varias áreas de la casa. Me aseguraré de que alguien le entregue el programa a su ayuda de cámara. Hasta entonces...

Iris quería quedarse y escuchar lo que iba a decir a continuación. O en su defecto, quedarse y ver si podía leer sus pensamientos de nuevo la próxima vez que la mirara. Pero mientras la vizcondesa viuda seguía hablando sobre el horario, Celia y Lily la tomaron del brazo y la llevaron de vuelta al lugar que habían acaparado cerca de la ventana.

Le costó toda su fuerza de voluntad no mirar atrás para ver qué estaba sucediendo en la puerta. —¿Violet sigue en su habitación? Y no veo a Clara.

Lily negó ligeramente con la cabeza. —Violet quería escribir una carta a una amiga. Honestamente, últimamente siempre está escribiendo cartas. Me preocupa un poco. ¿Sabrá siquiera cómo relacionarse con la gente la próxima temporada cuando debute? Al menos la hermana de Seaford está a menudo con ella, así que no está completamente aislada.

Iris se rio. —Sé que no puedes visitarnos tan a menudo ahora que estás casada, pero te aseguro que nuestra hermana no pasa todo su tiempo escribiendo cartas. —Esperó hasta que Lily dejó escapar un pequeño suspiro de alivio antes de añadir—: Al menos no cuando está con Clara. El resto del tiempo lo pasa leyendo.

Lily hizo una mueca, e Iris no pudo contener la risa. Violet siempre había disfrutado leyendo y garabateando en su diario. Para ser honesta, Iris se había sentido aliviada cuando su hermana menor había comenzado a escribir cartas a varios conocidos.

Celia se acercó, con la voz apenas por encima de un susurro. —Tienes que tener cuidado, Iris. Mi esposo me dijo que Lord Wentworth ha aceptado esta invitación por ti.

Iris no pudo evitarlo, soltó una carcajada ante la expresión seria en el rostro de su prima.

—Esto es bastante serio. Tienes que ser cuidadosa y asegurarte de no estar nunca a solas con él.

—Bueno, quizás eso sea ir demasiado lejos —añadió Lily—. Estoy segura de que un minuto aquí o allá durante los próximos días no causará un escándalo. Todos los demás lo harán. Además, si ha decidido cortejar a mi hermana, debemos darle la oportunidad de hacerlo.

Iris miró de su hermana, que parecía creer lo que decía, a Celia, cuya boca se había fruncido en una línea de desaprobación. Seguramente no creían la ficción que le estaban contando.

—Creo que Thornton se está divirtiendo a tu costa —dijo, tratando de aliviar la muy evidente angustia de su prima—. Lord Wentworth es alguien que disfruta pasando tiempo con mujeres

experimentadas. No hay nada que puedas decir para hacerme creer que vino aquí para verme a *mí*. —Soltó otra risa, pero esta tenía un tono que no quería analizar. ¿Decepción, tal vez?

—Creo que Celia tiene razón. Simon me dijo lo mismo, y quería que te vigilara.

Le lanzó a su hermana una mirada penetrante y tuvo cuidado de mantener la voz baja cuando respondió a esa ridícula advertencia. —¿Sería este el mismo esposo que te secuestró y pasó la noche contigo, *a solas*, en una pequeña cabaña antes de que os casarais?

Los ojos de Lily se abrieron de par en par, y miró a su alrededor para ver si alguien la había escuchado. Cuando se aseguró de que nadie estaba cerca, le siseó: —¿Estás tratando de causar un escándalo?

—No, solo estoy tratando de señalar que te casaste con un libertino, y él cambió sus costumbres. Es posible que Lord Wentworth esté intentando hacer lo mismo.

—Simon me cortejó durante meses, y fue un perfecto caballero durante ese período. Él solo... —Agitó la mano, sin querer repetir las palabras de Iris por si las oían—. Rechacé su propuesta de matrimonio porque pensé que solo me quería porque yo sería una novia conveniente.

—Sí, sí, pero en cambio, está locamente apasionado por ti. —Honestamente, ¿era necesario que su hermana le restregara el hecho de que había encontrado la felicidad cuando la propia temporada de Iris había terminado en decepción?

Celia se cubrió la boca para ocultar su risita.

Lily puso los ojos en blanco. —No tienes derecho a criticarme. Thornton está igualmente dedicado a ti.

Las dos se sonrieron, e Iris puso los ojos en blanco. —Voy a ir a ver a Violet e intentar convencerla de que se una a nosotras. Vosotras dos podéis seguir felicitándoos por haber conseguido matrimonios por amor mientras estoy fuera.

Empezó a girarse, pero Lily la detuvo y le susurró al oído: —Prométeme que actuarás con precaución.

—Por supuesto —dijo Iris con un asentimiento. Era una promesa fácil de hacer, ya que sabía que no corría ningún peligro con Wentworth.

CAPÍTULO CUATRO

LA TARDE HABÍA TRANSCURRIDO de manera bastante agradable, ocupada principalmente con varias rondas de billar y diversos juegos de cartas. Habían jugado solo por el derecho a presumir, algo que no había hecho desde que era joven. Pero parecía que era igualmente placentero ganar incluso si no había dinero de por medio... y había ganado mucho más de lo que había perdido.

Después de un tiempo, se volvió agotador tener que disimular ante las miradas curiosas y las preguntas directas de todos sobre por qué estaba allí. Si estas personas podían aceptar a un libertino como Seaford entre ellos, entonces no podía entender por qué se sorprendían tanto de que él estuviera presente.

Era un esfuerzo no obsesionarse con su breve interacción con Iris Rowland varias horas antes. Una sensación de inquietud se había apoderado de él después de ser llevado sin ceremonias fuera del salón por la madre de Thornton.

Ella había dicho todas las cosas correctas, por supuesto, pero era evidente que algo había cambiado respecto a cómo lo veía. Había tenido que pedir varios favores entre amigos de la familia para conseguir esta invitación, pero la bienvenida de la mujer cuando llegó por primera vez distaba mucho de su comportamiento cuando lo encontró realizando el acto indecible de intentar entrar en el salón.

Iris había estado justo allí, pero ahora estaba claro que el mundo conspiraba contra él.

Se encogió de hombros mientras esperaba que Iris saliera de su habitación. Su ayuda de cámara había averiguado dónde dormía Iris, pero no era tan bruto como para irrumpir en su habitación. En su lugar, había encontrado un discreto nicho para acechar cerca del final del pasillo y se había quedado al acecho, muy parecido a un villano en una novela de terror.

Era humillante ser el que perseguía. No es que estuviera persiguiendo a Iris, por supuesto. Solo necesitaba hablar con ella para poder finalmente dejar de lado la curiosidad que lo tenía obsesionado con su encuentro en el jardín meses atrás.

No estaba muy seguro de cómo lograría eso durante los entretenimientos de la noche. El período de mezcla sancionado entre los sexos antes de la cena.

Afortunadamente, la espera no fue larga, así que no tendría que intentar convencer a alguien de que se había perdido. La casa señorial era grande, sí, pero estaba distribuida de la misma manera que innumerables otras casas que había visitado.

Iris salió de su dormitorio, y él estaba a punto de acercarse a ella cuando la siguieron su hermana menor y la hermana de Seaford.

Dejó escapar una risa divertida ante su propia presunción de que esto sería fácil. Nada hasta

ahora lo había sido. Este era otro obstáculo que tendría que superar.

Tendrían que pasar por delante de él antes de bajar las escaleras, así que esperó a que ella se acercara. La vio sonreír por algo que dijo su hermana. Luego, sintiendo su presencia, ella giró la cabeza hacia él, su sonrisa congelándose en su lugar.

Dijo algo a sus dos acompañantes y luego se dirigió hacia él. Las mujeres más jóvenes esperaron, claramente curiosas sobre lo que estaba sucediendo.

Iris se detuvo cuando llegó a él y negó con la cabeza. Su expresión era muy de desconcierto, como si lo hubiera encontrado robando un dulce antes de la cena.

—¿Por qué no me sorprende encontrarte merodeando fuera de las habitaciones asignadas a las invitadas?

Él se rió entre dientes. —Veo que no has perdido tu ingenio.

Ella levantó un hombro. —Si un hombre se asusta por la inteligencia de una mujer, entonces no vale la pena conocerlo.

Cruzó los brazos sobre su pecho y esperó su respuesta. Él podía notar que ella estaba evaluando su reacción a su declaración. Había una resignación en ella que le decía que ya había sido juzgado y encontrado deficiente.

—No le temo a la inteligencia de una mujer.

Ella escudriñó su rostro, sin duda buscando cualquier pista que le dijera que estaba mintiendo. Él sabía que no encontraría ninguna. Otros podrían preferir a una mujer que fuera simplemente un accesorio decorativo, pero a él le gustaban sus mujeres con un poco más de sustancia.

—Hay pocos hombres que estarían de acuerdo contigo.

—Ese sería su fracaso.

Se miraron fijamente durante varios segundos. Finalmente, ella dejó escapar un suave suspiro.

—No sé quién está asignado a qué habitación, así que parece que tendrás que esperar un poco más para encontrarte con tu amante.

Él sabía que ella decía las palabras como una humillación, pero para él se sentía como un desafío. Si ella pensaba que sería tan fácilmente rechazado, entonces tendría que demostrarle lo contrario.

—No hay ninguna amante residiendo aquí, pero —dio un paso más cerca y bajó la voz— si quieres solicitar el puesto, estaría dispuesto a considerar tu candidatura.

Sus ojos se agrandaron una fracción, y él esperó su reacción. Debería haber sabido que ella lo sorprendería una vez más cuando dejó escapar una risa sincera. No pudo evitar unirse a ella, tan contagiosa era su alegría.

Finalmente, su diversión se desvaneció, pero sus ojos aún brillaban. Y realmente le estaba sonriendo. —Eres incorregible. Puedo ver por qué todos se han apresurado a advertirme sobre ti.

No le sorprendió ese conocimiento. Pero al menos su familia no había considerado necesario colocar a un lacayo fuera de la puerta de su dormitorio. Gracias a Dios por las pequeñas misericordias.

Le sonrió. —Pero no me tienes miedo —No era una pregunta ya que estaba claro que Iris no temía por su virtud. No en este momento.

Ella negó con la cabeza. —Me tuviste sola en un jardín oscuro. Si hubieras querido ultrajarme, lo habrías hecho entonces.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso por el pasillo. Él se puso a su lado.

Ella lo miró de reojo. —¿No se decepcionará tu amante si abandonas tu espera tan pronto?

Prometo no decírselo a nadie.

Él se inclinó más cerca y murmuró: —Estoy aquí por ti, Iris Rowland.

Sus pasos vacilaron, pero luego se enderezó y continuó hacia sus dos compañeras.

—Permítame presentarles, mi lord, a mi hermana, la señorita Violet Rowland, y a mi buena amiga, la señorita Clara Howe. Este es Lord Wentworth.

Él hizo una reverencia a modo de saludo a las dos mujeres más jóvenes. —Es un placer conocerlas a ambas.

Iris se puso al lado de sus dos compañeras, y él las siguió justo detrás.

Ella lo miró por encima del hombro, y él pudo ver su sorpresa de que aún estuviera con ellas. Le sonrió. Pronto aprendería que él solo estaba allí por ella.

Sus labios se apretaron en una línea antes de que se girara. Se inclinó ligeramente hacia las otras dos y dijo, con voz clara: —Es algo así como un réprobo, así que tengan cuidado con él.

Él dejó escapar una risa sorprendida. Había estado temiendo esta visita, pensando que necesitaría superarla rápidamente para poder continuar con su vida normal, pero después de una breve conversación con Iris, todo había cambiado. Tendría que informar a su ayuda de cámara que no se irían mañana por la mañana.

CAPÍTULO CINCO

A IRIS le resultaba imposible ignorar la presencia de Wentworth. Después de su encuentro fortuito aquella noche hacía tantos meses, nunca esperó volver a hablar con él. Dado el tipo de mujer con el que normalmente se relacionaba, ciertamente nunca esperó que la buscara.

Por eso su mirada seguía desviándose hacia él cuando no estaba cerca. Suponía que una mujer más sofisticada no sería tan obvia, pero Iris no estaba a la altura de ese nivel de fingimiento. Wentworth le había dicho que estaba allí por ella, pero no podía permitirse creerle.

Se fijó en con quién hablaba y esperaba que en algún momento se escabullera. Cuando eso no ocurrió antes de la cena, se dijo a sí misma que estaba siendo discreto por ahora y que se escabulliría para encontrarse con alguien después de la cena, cuando la gente se hubiera dispersado para disfrutar de alguno de los entretenimientos de la noche.

No esperaba que él se sentara a su lado durante la comida y sospechaba que debía haber cambiado las tarjetas con los nombres para lograr ese resultado.

Se concentró en hablar con el caballero mayor a su derecha y su esposa, que estaba sentada frente a ellos. Y definitivamente no se estaba esforzando por escuchar lo que Wentworth le decía a la viuda que estaba a su izquierda. Pero cada vez que él se reía, el suave sonido le erizaba la piel.

Finalmente, durante una pausa en la conversación cerca del final del plato principal, él se inclinó hacia ella.

—Has estado inusualmente callada conmigo. Y después de todos los problemas que me tomé para asegurarme de que nos sentáramos uno al lado del otro.

Ella entrecerró los ojos al mirarlo, y no pudo evitar preguntarse qué juego estaba jugando. Tal vez estaba tratando de poner celosa a la viuda. Por un momento consideró decirle que no se molestara en tratar de encantarla, pero estaría mintiéndoles a ambos. Incluso si la estaba usando como un peón en otro juego, no había razón para que no pudiera disfrutar.

Bajó la voz y rezó para que nadie pudiera escuchar su conversación. —Si necesitas mi ayuda para tratar de poner celosa a alguien más, estoy dispuesta a seguirte el juego —Luego se rió suavemente y habló en lo que esperaba fuera un tono normal. Nunca antes había intentado actuar un papel—. Por favor, continúa. Me encantaría escuchar el resto de esa historia.

Él se rió en respuesta, como si realmente le hubiera divertido. Estaba claro que era mucho más hábil en el fingimiento que ella.

—Te conquistaré aún, señorita Rowland.

Se cansaría de este juego pronto, pero por ahora ella estaba dispuesta a aceptar su atención. No era como si alguien más estuviera tratando de captar su interés. Wentworth era el único

caballero soltero menor de cincuenta años presente.

Ahora que Iris ya no estaba empeñada en ignorar al hombre mientras simultáneamente trataba de escuchar lo que le decía a su otra compañera de cena, el resto de la comida transcurrió de manera mucho más agradable. Fue incluida en su conversación con la viuda, y la situación la desconcertó. Parecía que la mujer ya estaba comprometida con otro. Iris buscó pistas de algún significado oculto detrás de sus palabras, pero no pudo detectar ni un indicio de romance entre los dos.

Después de que terminó la comida, los hombres permanecieron en el comedor para disfrutar de su oporto y fumar. Ella imaginó que podía sentir los ojos de Wentworth sobre ella mientras salía con el resto de las mujeres. No pudo resistirse a volver la mirada hacia él cuando estaba en la puerta y se sorprendió al descubrir que no había sido su imaginación.

Los hombres estaban todos de pie, por supuesto, pero él era el único que aún no se había girado para entablar conversación con otro. Inclinó la cabeza hacia un lado, y ella pudo notar que había estado esperando a que ella mirara hacia atrás.

Ella se encogió de hombros en respuesta. Era una novata en cualquier juego que él estuviera jugando, así que por supuesto él tendría la ventaja.

Cuando llegaron al salón de baile, que se había convertido en un salón para la fiesta de la casa, se vio rodeada nuevamente por su hermana mayor y su prima. La llevaron un poco más allá en el pasillo y esperaron a que las otras mujeres entraran al salón de baile antes de volverse hacia ella.

Celia tenía las cejas fruncidas. —Fui muy cuidadosa con el plan de asientos para asegurarme de que no estuvieras sentada junto a Lord Wentworth.

Un pequeño escalofrío la recorrió ante esa información. No había mentido sobre eso después de todo. Ella había querido creerle, pero no estaba segura de que fuera prudente tomar nada de lo que él decía al pie de la letra.

Lily no se molestó en ocultar su diversión. —Claramente hizo que alguien cambiara las tarjetas de lugar.

Iris sonrió. —¿Es por eso que las tenías este año? La madre de Thornton solía permitir que la gente se sentara donde quisiera cuando ella organizaba las fiestas.

Celia dejó escapar un suave suspiro. —Fueron una adición de última hora. Estaba tratando de evitar precisamente esto, pero parece que no debería haberme molestado.

Lily chocó hombros con Celia. —Estoy segura de que todo estará bien. No se ha hecho ningún daño.

—Eso lo dice la mujer que se casó con un libertino reformado —Celia se volvió hacia Iris—. Puede que tú no seas tan afortunada, Iris. No sé por qué parece estar obsesionado contigo, pero deberías tener cuidado.

La advertencia de su prima tuvo el efecto exactamente opuesto en ella. Iris tendría que tener cuidado para no delatar el hecho de que en realidad estaba disfrutando de la atención del hombre.

Trató de mantener un tono ligero para no delatar ese hecho. —Parece ser muy apreciado, incluso entre los hombres. Seguramente no es un canalla.

—Así es con los hombres —dijo Lily—. Lo he visto lo suficiente con mi propio marido. Todos los hombres quieren ser sus amigos, y todas las mujeres quieren acostarse con ellos.

Iris miró a su hermana con asombro. —¿Todavía? ¿Incluso aunque está claramente dedicado a ti? —Se le ocurrió un pensamiento horrible—. Seguramente él no *entretiene* a estas otras mujeres.

—Oh, no —dijo Lily—. No tengo temores en ese departamento. Pero puede ser inquietante

ver a otra mujer intentar alejarlo de mi lado. Muchas ni siquiera son sutiles al respecto.

Celia dejó escapar una suave risa. —Pero es muy divertido ver su fastidio cuando nuestros maridos las rechazan.

—Entonces, ¿cómo puedes estar segura de que el interés de un hombre es genuino?

Celia y Lily compartieron una mirada antes de que su prima hablara. —No puedes, no realmente. Solo tienes que escuchar a tu corazón *y* a tu cabeza. Muchas jóvenes se han dejado llevar por pensamientos de finales de cuento de hadas. Pero ignoran las señales de advertencia.

Iris asintió, asimilando la sabiduría de esas palabras incluso mientras anhelaba ceder al romance de tener a un hombre carismático persiguiéndola. —Así que necesito observar cómo se comporta con las otras mujeres —Se volvió hacia Celia—. ¿Estaban todos presentes en la cena?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo me preguntaba si tal vez su amante estaba aquí. Pero como él estaba sentado a mi lado, es posible que ella no haya bajado a cenar.

Celia negó con la cabeza.

—Todos estaban aquí. Quizás por eso ha fijado su atención en ti. Podría verte como un objetivo probable, alguien fácil de manipular.

Iris quería saltar en defensa de Wentworth, pero no podía permitir que su prima supiera que estaba pensando en entretener su persecución para ver dónde terminaba.

En su lugar, compartió el pequeño dato que había estado guardando para sí misma.

—Nos conocimos en Londres. Cerca del final de la temporada.

La mano de Lily voló a su boca, y Celia se quedó inusualmente quieta. Era difícil no retorcerse bajo sus miradas gemelas.

Su hermana le tomó la mano.

—No me lo dijiste. ¿Acaso él...? Seguramente no te hizo proposiciones indecentes —susurró con dureza.

Realmente no quería compartir su tonto paso en falso, pero tenía que hacerles saber a Celia y Lily que Wentworth no era un completo canalla.

—No, fue un caballero. Pero sí me encontró sola.

Los ojos de Lily se entrecerraron.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Durante un baile. Me escabullí a los jardines para encontrarme con alguien.

Celia le agarró el brazo.

—¿Wentworth?

Ella negó con la cabeza.

—Alguien más. No importa quién. Wentworth me vio, hablamos un rato y me convenció de volver adentro. Al parecer, la persona con la que iba a encontrarme acababa de pedir la mano de otra, así que sus intenciones no eran honorables.

Celia exhaló.

—Así que Wentworth no se aprovechó de ti. Y parece que podría haber evitado que alguien más lo hiciera.

Lily la empujó suavemente.

—Te lo dije. No todos los libertinos buscan arruinar la inocencia de cada joven doncella con la que se encuentran.

—Tal vez no. Pero ahora está aquí, y ha dejado claro su interés en ti.

Iris levantó un hombro, fingiendo una indiferencia que estaba lejos de sentir.

—Solo está pasando el tiempo.

—No estaba en la lista original de invitados. La madre de Thornton lo añadió en el último momento, y no se lo dijo ni a mí ni a su hijo hasta después de que se enviara la invitación.

Los ojos de Lily ahora brillaban de interés.

—¿Por qué haría eso?

Los ojos de su prima permanecieron fijos en Iris.

—Alguien se acercó a ella y le pidió que lo invitara. No quiso decir quién era esa persona, pero aparentemente Wentworth estaba muy ansioso por estar aquí.

El corazón de Iris empezó a acelerarse.

—Estaba hablando con otra invitada durante la comida.

Celia negó con la cabeza.

—No, esta persona preguntó si las hermanas Rowland asistirían. Después de que mi suegra les dijera que todas habían sido invitadas, le dijeron que Lord Wentworth se consideraría en deuda con la familia si recibía una invitación.

Los ojos de Lily ahora estaban abiertos de par en par con la misma emoción que Iris intentaba sofocar dentro de sí misma.

—¿Crees que quiere cortejarte?

Iris quería creerlo. Pero a pesar de todo lo que había escuchado hoy, tanto ahora como del propio Wentworth, aún necesitaba proteger su corazón. Seguía repitiendo en su mente la forma en que había terminado aquel encuentro en el jardín, con el hombre amonestándola para que volviera adentro.

Pero ella se había apresurado a pasar junto a otra mujer que caminaba por ese oscuro sendero del jardín. Alguien mayor y más mundana. Iris había observado desde las sombras cómo esa mujer se arrojaba a los brazos de Wentworth antes de darse la vuelta y huir. No había querido ver lo que los dos harían a continuación.

No, no podía competir con el tipo de mujeres que normalmente interesaban a este hombre. No podía permitirse caer en la noción romántica de que sería capaz de reformar a un libertino, como lo había hecho Lily.

Trataría de disfrutar durante esta reunión en la casa, y si eso significaba conversaciones ingeniosas con Wentworth, se lanzaría de todo corazón a ese pasatiempo. Pero necesitaba tener cuidado de proteger su corazón en el proceso.

CAPÍTULO SEIS

FINALMENTE, los hombres terminaron sus bebidas y se dirigieron al salón de baile para reunirse con las mujeres. A Wentworth no le importaba decepcionar a los pocos caballeros mayores que querían regresar a la sala de billar por el resto de la noche. Él estaba allí por una sola persona. Iris.

El salón de baile se había convertido en un salón para la fiesta en la casa. Pequeños arreglos de asientos estaban dispersos por todo el espacio, y había mesas de cartas preparadas para aquellos que querían jugar al whist. Ramas de pino y decoraciones festivas colgaban de las paredes y estaban esparcidas por toda la sala. A un lado, había una larga mesa cargada de refrigerios, y alguien tocaba música suave en un pianoforte.

El efecto era cálido y encantador, pero su mirada se posó inmediatamente en Iris. Estaba sentada en un sofá en el lado opuesto de la sala, flanqueada por su hermana mayor y su prima. La esposa de Seaford le dio un codazo a Iris en el hombro y le susurró algo al oído.

Por un momento temió que le estuviera diciendo a Iris que no se apartaría de su lado. El alivio lo invadió varios segundos después cuando la condesa se levantó para saludar a su marido. Lady Thornton también se levantó para saludar a su propio esposo. Lo que dejó a Iris sin vigilancia.

O al menos tanto como se podía estar en una sala llena de demasiada gente.

Iris le sonrió entonces, lo que fue todo el estímulo que necesitaba. Nunca uno de perder una oportunidad, cruzó la sala y se sentó junto a ella.

—Me pregunto cuánto tiempo podremos hablar juntos antes de que alguien venga a llevarte.

Iris inclinó la cabeza hacia un lado, sus ojos azules arrugándose con diversión. —Creo que es mucho más probable que te aburras de mí y busques a otra.

—¿Y cómo te haría sentir eso?

Sus ojos permanecieron fijos en los de ella mientras consideraba la pregunta. Otra mujer sería coqueta, haciendo un comentario exagerado sobre cómo todas sus esperanzas y sueños se verían frustrados. O fingirían indiferencia. Por supuesto, Iris sería diferente.

—¿Honestamente? No estoy segura de cómo me sentiría.

—Esperaría que te sintieras decepcionada. Yo sé que lo estaría.

Ella lo examinó, y él esperó, esperando que pudiera darse cuenta de que decía la verdad.

Finalmente, asintió. —No entiendo por qué estás aquí. —Bajó la voz antes de continuar—. Me han dicho que buscaste esta invitación porque querías verme de nuevo.

—Así fue.

¿Alguna vez se había sentido tan vulnerable con una mujer? No desde su primera experiencia

acostándose con una viuda mayor que estaba muy ansiosa por moldearlo en el amante perfecto. Pero en aquel entonces estaba preocupado por que su falta de experiencia obstaculizara su desempeño. Ahora estaba preocupado por que esta mujer, que apenas había salido del colegio, lo encontrara deficiente como persona. Y por más que lo intentara, no podía entender por qué.

Ella asintió, aceptando su admisión. —¿Por qué?

Cuando se propuso asegurar una invitación a la fiesta anual de Navidad de los Thornton, no esperaba estar en el extremo receptor de las preguntas de Iris.

—¿Honestamente? No sé por qué. Pero he estado pensando en ese encuentro, y necesitaba verte de nuevo.

Ella dejó escapar un suave suspiro y miró hacia otro lado. —Por supuesto. Querías asegurarte de que no había continuado con mi tonta búsqueda de encontrar el amor con hombres indignos que solo querían aprovecharse de mí.

Su pecho se contrajo al recordar cuán cerca había estado de suceder eso. Quería alcanzarla pero no podía, no con tanta gente a su alrededor. Pero bendita sea, se les había proporcionado una medida de soledad por ahora.

Parecía que estaban siendo ayudados por Thornton y Seaford y sus esposas. Estaban de pie cerca, charlando juntos. Lo suficientemente cerca como para que él e Iris no estuvieran realmente solos, pero desviaban a cualquiera que se dirigiera en su dirección entablando conversación o mencionando lo bueno que estaba el wassail este año.

—Iris. —Esperó hasta que ella se volvió para encontrar su mirada—. Estaré eternamente agradecido de haberte encontrado en el jardín esa noche. Pero no estoy aquí como alguien que está verificando tu bienestar.

Ella se lamió los labios, y él quiso gemir. —Entonces, ¿por qué estás aquí?

Había llegado hasta aquí, pero en lugar de estar convencido de que su interés en esta joven no era más que un capricho tonto, estaba empezando a pensar que era más profundo. —Estoy aquí porque no puedo dejar de pensar en ti.

Ella negó con la cabeza pero no dijo nada.

No le creía. Quería reír en voz alta ante el absurdo pensamiento. Por supuesto que no. Ella debía haber sabido que él estaba en ese jardín porque también planeaba encontrarse con alguien. Puede que no conociera su reputación entonces, pero se habría informado sobre su carácter una vez que él manifestó su interés en ella a Thornton y Seaford.

Y maldita sea, la admiraba por ello. Porque ahora sabía que no era una criatura tonta dada a fantasías. No tomaría simplemente su palabra de que algo más profundo había sucedido entre ellos en ese jardín.

Que estaba aquí porque se había obsesionado con ella. Él, que nunca había sido cautivado por otra mujer, no podía dejar de pensar en esta. Y venir aquí para hablar con ella de nuevo solo había cementado su interés.

Violet Rowland se dejó caer en el sofá junto a su hermana, poniendo fin a su breve momento de privacidad. Entrelazó su brazo con el de su hermana. —Vamos a cantar villancicos pronto.

Iris sonrió a su hermana. —Me uniré a ti en un minuto.

Violet se volvió para darle una mirada evaluadora. Sus ojos eran de un tono más claro de azul, pero no podía haber duda de que eran hermanas. —¿Canta usted, milord?

Él se rio entre dientes. —Le aseguro que *no* quiere oírme cantar.

Violet lo tomó por su palabra y fue a unirse al pequeño grupo que se estaba reuniendo junto al pianoforte.

Iris le dirigió una mirada pícara. —Tal vez debería tomar un poco de wassail para aliviar sus

temores de actuar.

—Hay muchas cosas en las que sobresalgo. Cantar no es una de ellas.

En lugar de hacer pucheros, ella se encogió de hombros. —Debería irme.

Se sorprendió por la reluctancia que sintió ante la idea de que Iris se alejara de su lado. —¿Te unirás a mí de nuevo después?

Ella consideró la petición. —No puedo ignorar a todos los demás. Si le gustaría hablar en privado, debería saber que me gusta desayunar temprano. Generalmente está bastante tranquilo en el comedor a esa hora.

Él asintió y la vio irse. Al menos podría seguir observándola mientras cantaba. Y podría hablar con ella mañana por la mañana.

CAPÍTULO SIETE

NADA LE HABRÍA impedido despertarse temprano y dirigirse al comedor.

Iris había tenido razón: a esa hora solo había unas pocas personas. Afortunadamente, no tendría que esperar para hablar con ella de nuevo. Ya estaba sentada a la mesa, junto con su hermana menor y la hermana de Seaford.

—Buenos días —dijo al pasar junto a ellas de camino al aparador.

Podía sentir los ojos de Iris sobre él, pero no se dio la vuelta. Y las voces del trío habían bajado de volumen. Esperaba que fuera porque estaban hablando de él.

Por suerte, Iris no estaba sentada en el medio, y el asiento a su lado aún estaba vacío cuando regresó con su plato lleno a la mesa. Lo tomaría como una buena señal.

—Se ha levantado temprano, milord. Habría pensado que sería de los que se quedan en la cama hasta el mediodía.

Tomó un sorbo de té y la miró a los ojos. Sus miradas se mantuvieron durante varios segundos. Libró y perdió una batalla interna para combatir sus peores impulsos. —¿A menudo me imaginas en la cama?

Los ojos de ella se agrandaron una fracción ante su escandalosa provocación, pero al final, simplemente negó con la cabeza en señal de exasperación. —Te concederé el punto en este encuentro.

Se comportó durante el resto de la comida. Algunas personas entraron pero, afortunadamente, ninguna de las que se habían autonombrado para asegurarse de que se comportara.

—Entonces, ¿qué planea hacer esta mañana, milord? —dijo ella cuando hubo terminado.

Violet y Clara ya se habían marchado, y por el momento, eran los únicos invitados que seguían sentados. Los lacayos estaban rellenando algunas de las bandejas, y sabía que otros llegarían pronto.

—No estoy seguro. ¿Qué se hace tan temprano en un evento como este cuando muchos de los invitados aún están durmiendo? Admito que nunca he estado en este lado de tal situación antes.

Ella se rio. —Nos entretenemos. Yo me dirigía a la biblioteca para buscar algo que leer.

Se levantó, y él también lo hizo. —Eso suena aceptable. ¿Quizás puedas mostrarme el camino? Por si alguna vez necesito material de lectura, por supuesto.

—Por supuesto —dijo ella.

Vio el fantasma de algo revolotear por su rostro, pero lo enmascaró rápidamente. Salieron del comedor, y él se puso a su lado.

—La biblioteca está en el segundo piso. Es bastante grande. Tendrás que decirme cómo se compara con la tuya. —Se detuvo y se volvió para mirarlo—. ¿Tienes una biblioteca?

¿Acaso pensaba que era un bárbaro que no leía? —Por supuesto. Varias, de hecho. Estoy seguro de que disfrutarías explorando todos los rincones de las diversas bibliotecas de mis propiedades.

Se congeló tan pronto como las palabras salieron de su boca. Ninguna mujer que no fuera ya miembro de su familia había visitado ninguna de sus propiedades. Ni siquiera su casa de la ciudad en Londres. Le gustaba llevar sus asuntos lejos de sus residencias. Era mucho más fácil escabullirse cuando era hora de irse.

Si Iris pensó que sus palabras eran extrañas, no lo demostró. Y honestamente, estaba exagerando. Era una declaración inocente. Se estaba haciendo un lío por esta joven, y no sabía por qué.

No dijeron nada más mientras subían las escaleras. Afortunadamente, solo se cruzaron con dos lacayos en el camino. Los hombres ni siquiera los miraron. Thornton era un tonto. Su anfitrión debería haber asignado un lacayo para que lo siguiera y se asegurara de que se comportara. Wentworth nunca sería tan confiado.

Llegaron a la habitación en cuestión. Era grande, pero nada fuera de lo común. Ciertamente no se compararía con la biblioteca de su residencia de campo.

La siguió dentro de la habitación, y ella no protestó.

Estaban bien lejos de la puerta cuando ella se deslizó detrás de una estantería que dividía la habitación. Curioso, la siguió.

No estaba seguro de lo que esperaba, probablemente que ella estuviera trepando por una de las escaleras para alcanzar un libro en un estante alto. En cambio, estaba frente a él, con los brazos cruzados.

Se detuvo frente a ella y esperó.

Ella se humedeció el labio inferior, y él fue incapaz de evitar que su mirada se posara brevemente en su boca. Se había preguntado, por supuesto, cómo sería besar a Iris. En realidad no creía que tendría esa oportunidad.

—Me gustaría que me besaras —dijo ella.

Le tomó un momento darse cuenta de que realmente había hablado en voz alta y que su mente no había conjurado este momento a partir de sus frustraciones. Dudó otro momento mientras consideraba preguntarle si había oído correctamente, pero odiaba que eso lo hiciera parecer un joven inexperto.

Se comprometió cerrando el espacio entre ellos, asegurándose de moverse lentamente para que ella tuviera amplia oportunidad de detener lo que estaba a punto de suceder. Porque una cosa era cierta. Si Iris quería que la besara, él definitivamente no iba a convencerla de que no era una buena idea.

Todavía operaba bajo la suposición de que su fijación por esta mujer residía en lo desconocido. Pasar tiempo en su presencia no lo había convencido de que ella fuera como muchas otras mujeres. Al contrario, su curiosidad por ella solo había aumentado.

Pero sus recientes intentos de olvidarla con otras mujeres habían llevado a un hastío con el sexo opuesto que lo había frustrado. Besar a Iris Rowland podría terminar de manera similar: con él sintiendo una fría indiferencia.

Se detuvo cuando solo los separaban unos centímetros. Ella inclinó su rostro hacia él, y no pudo negar que un poderoso sentido de anticipación ya latía en sus venas.

Alcanzó su barbilla en el mismo momento en que ella colocó las palmas de sus manos sobre

su pecho y se inclinó hacia él. Ella era más baja que él, y se inclinó para besarla.

El primer toque de su boca sobre la de ella fue ligero, por lo que el escalofrío que lo recorrió fue inesperado. Su suave suspiro seguido de un pequeño sonido en la parte posterior de su garganta encendió sus sentidos. Fue incapaz de evitar arrastrarla completamente a sus brazos, pero ella vino de buena gana, sus brazos rodeando su cuello como si quisiera mantenerlo con ella para siempre.

Su beso se profundizó, sus lenguas librando una batalla. Los movimientos de ella eran torpes al principio, dejando claro que nunca había besado a nadie antes. Se había preguntado, por supuesto, si había habido otros hombres después de que él frustrara su encuentro con Miller. Sería el colmo de la hipocresía preguntarle, ni la censuraría si hubiera habido otro. Pero una cosa estaba clara, Iris no esperaba disfrutar tanto de su abrazo.

Se obligó a romper el beso, pero no pudo dejarla ir. Bajó la mirada hacia su rostro vuelto hacia arriba. Sus ojos estaban cerrados, sus mejillas sonrojadas, y una sensación de posesividad lo invadió. Nunca se había sentido así antes.

Conmocionado, continuó mirando a Iris mientras su boca se curvaba en una sonrisa satisfecha. Sus ojos estaban desenfocados cuando finalmente los abrió, y juró que podía ver sueños y fantasías revoloteando detrás de ellos.

—No soy un héroe —dijo él, sorprendido por el timbre ronco de su voz después de un solo beso.

Los ojos de ella se agudizaron y parecieron atravesarlo mientras estudiaba su expresión. Finalmente, ella se apartó, y él bajó los brazos con gran reluctancia.

—No, por supuesto que no. Jamás te confundiría con el héroe de un cuento de hadas. Así que si eso es lo que estás pensando, puedes estar tranquilo sabiendo que no tengo ilusiones sobre ti.

Su declaración no debería haberlo sorprendido, y tuvo que reírse de sí mismo. ¿De verdad pensaba que podía derribar a esta mujer con un solo beso?

Entrelazó las manos detrás de la espalda para no arrastrarla de nuevo a sus brazos. Porque en ese momento, no deseaba nada más que hacer precisamente eso.

—¿Hubo algo que precipitara esta petición?

Ella desvió la mirada, y él pensó que no iba a responder. Finalmente, suspiró y juntó las manos en su cintura. Él quería creer que era para evitar alcanzarlo de nuevo.

—Anoche, después de retirarme, tuve dificultades para conciliar el sueño.

Tenían eso en común. Pensamientos de ir a la habitación de Iris lo habían atormentado durante horas. —¿Pensando en mí?

Su suspiro exasperado le provocó ganas de reír. —Al principio no. Estaba pensando en mi cuñado. Y en el marido de Celia.

Él frunció el ceño. Eso no era lo que quería oír. —¿Qué hay con ellos?

—Observando cómo se comportaban con sus esposas. Los dos estaban tan dedicados. Y la forma en que se tomaban de las manos, se paraban un poco demasiado cerca...

Sí, él también lo había notado. —No podían esperar a que terminara la velada para hacer el amor.

El calor subió a las mejillas de ella. —Y luego estabas tú.

Él se quedó inmóvil, obligándose a esperar a que ella continuara. No podía arriesgarse a asustarla, no cuando podría ser que no tuvieran otro momento a solas. Era un milagro que nadie hubiera entrado ya en la biblioteca.

—Me resulta difícil creer que estés aquí porque querías verme de nuevo.

No debería sorprenderle que ella aún tuviera dudas. —Así fue.

Ella lo examinaba de cerca, sopesando la verdad de sus palabras. —Pensé que Celia y Lily estaban locas por siquiera pensar que tal cosa era posible, pero entonces...

Incapaz de contenerse por más tiempo, él tomó una de sus manos y la llevó a su boca. —¿Pero entonces...? —la instó con un beso en la palma.

—Vi esa misma mirada en tu rostro cada vez que miraba en tu dirección.

Una de las comisuras de su boca se elevó en una sonrisa satisfecha. Le gustó la forma en que los ojos de ella se estrecharon en respuesta. —Siempre he creído que la mejor manera de hacerle saber a alguien que estás pensando en él no es ignorarlo.

—Y sin duda tienes mucha experiencia en cuanto a perseguir mujeres.

Ella tiró de su mano, pero él no la soltó. No podía soltarla. Sus palabras le molestaron más de lo que deberían. No porque no fueran ciertas —toda la alta sociedad sabía que lo eran—. Sino porque ella pensaba que era solo una más cuando en realidad estaba muy por encima de cualquier mujer con la que él hubiera estado.

Un ligero ceño fruncido arrugó su frente, pero se quedó quieta y esperó a que él hablara.

—Tú no eres solo otra mujer a la que estoy persiguiendo.

Ella dejó escapar una suave risa, y esta vez cuando tiró de su mano, él la soltó. —Estoy segura de que le has dicho lo mismo a todas las mujeres con las que has estado.

—No, Iris. Nunca he pronunciado esas palabras.

Ella se encogió de hombros. —Quizás no esas palabras exactamente...

—No.

—Pero de alguna otra manera, las has hecho sentir especiales, como si solo las vieras a ellas.

Ella comenzaba a darse la vuelta. Él la alcanzó y ella se detuvo. Pasaron varios segundos de tenso silencio, y luego ella levantó la mirada hacia él nuevamente.

Él no la soltó. Le gustaba la sensación de su mano en la cintura de ella, y ella no insistió en el asunto. Por la forma en que sus pupilas se habían dilatado, él sabía que a ella también le gustaba.

—Nunca he dicho nada remotamente similar a otra mujer. Y tuve cuidado de evitar a cualquiera que pudiera querer más que un encuentro casual.

Ese pliegue entre sus cejas había vuelto. —Pero yo quiero casarme algún día. Quiero lo que Lily y Celia tienen.

—Sí, lo sé. Por eso intenté olvidarte después de ese encuentro.

Ella apartó la mirada. —Me crucé con esa mujer en el camino, la que ibas a encontrar. Y me detuve para ver qué pasaría. Vi cómo se arrojó a tus brazos.

Su voz era pequeña, y él odiaba escucharla así, odiaba ver la forma en que se estaba replegando sobre sí misma. Como si dudara de que alguna vez pudiera mantener su atención.

Antes de ese encuentro, él habría dicho que ella tenía razón.

—Pero no te quedaste.

Ella negó con la cabeza. —Había visto suficiente. No tenía deseos de presenciar lo que iba a suceder después.

Él acarició su barbilla con el pulgar de la otra mano, observando cómo ella se estremecía ante su toque. No tenía intención de permitir que Iris se fuera hasta que hubieran terminado esta conversación.

—Mírame.

Ella cerró los ojos por un breve momento, luego se enderezó a toda su altura y se volvió para mirarlo. Él ahora le estaba acunando la barbilla.

—La aparté de mí y la envié a casa. Sola.

Los ojos de ella se ensancharon. —No entiendo. Estabas allí para encontrarte con ella.

—Sí, pero entonces me crucé con otra mujer que estaba a punto de cometer el mayor error de su vida.

Ella agarró su muñeca pero no apartó su mano. —No entiendo. Yo ya me había ido. No ofrecí ningún impedimento a tu encuentro.

—No, pero estabas en mis pensamientos. No podía estar con esa mujer cuando todo lo que quería hacer era perseguirte y arrastrarte de vuelta a los jardines conmigo.

Él mantuvo su mirada, deseando que ella viera la verdad en sus palabras. —Intenté olvidarte, pero parece que no quiero a nadie más que a ti.

Ella no lo tomó como un cumplido, demostrando una vez más que Iris era sabia más allá de sus años. —¿Por cuánto tiempo, milord? Seguramente no para siempre.

Él se estremeció ante la acusación. Ella tenía razón en dudar de él, especialmente porque él no había venido aquí para ofrecerle lo que ella claramente quería. —Voy a ser honesto contigo, Iris. Si vamos a tener algo, necesitas saber lo que estoy sintiendo.

Ella se lamió los labios. —¿Y qué es eso?

Él soltó una carcajada. —Estoy malditamente confundido. Nunca me había sentido así antes.

—¿Nunca?

—No.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, y su corazón repentinamente tonto se aligeró ante la visión.

—Entonces quizás deberíamos explorar esta nueva emoción.

Ahora tenía ambas manos en su cintura y la estaba acercando más. —Eso podría no ser prudente.

—Quizás no, pero será muy divertido —y entonces se inclinó hacia él nuevamente y levantó su rostro para otro beso.

CAPÍTULO OCHO

PARA CONSTERNACIÓN DE IRIS, Wentworth se apartó de su abrazo demasiado pronto. La soltó y dio un paso atrás.

Se pasó una mano por el cabello. —Estoy tratando de recordar que debo comportarme lo mejor posible, pero tú lo estás haciendo endiabladamente difícil.

No era prudente, pero a ella le gustaba que él pareciera tan confundido. —¿Y si no quiero que seas un caballero?

Ahora él tenía ambas manos en su cabello mientras se alejaba de ella. De alguna manera, resistió el impulso de lanzarse a sus brazos mientras esperaba su respuesta.

Finalmente, bajó los brazos, se enderezó y se volvió para mirarla. —Me voy a ir ahora.

El horror la invadió, y él se apresuró a añadir: —No de la fiesta en la casa. No creo que nada pudiera incitarme a irme ahora mismo.

Ella frunció el ceño cuando se le ocurrió otro pensamiento. —¿Fue tan malo? ¿El beso? —Tuvo que apartar la mirada—. Sé que has estado con muchas mujeres. Estoy segura de que podría mejorar con la práctica.

Odiaba lo pequeña e insegura que sonaba su voz, pero su sospecha de que él no había disfrutado de sus besos era más que vergonzosa.

Él se acercó a ella, agarrándola por los brazos y acercándola. Pero no era lo suficientemente cerca para su gusto.

—Tus besos... —Su voz estaba llena de emoción—. Fue inesperado. Más allá de cualquier cosa que haya experimentado antes.

Ella tenía que preguntar. —¿De buena manera o de mala manera?

—De la manera más aterradora. —Una esquina de su boca se curvó hacia arriba cuando vio su confusión—. De la mejor manera posible. Por eso necesito salir de esta biblioteca ahora mientras aún pueda.

No la soltó de inmediato. Se quedaron así por un tiempo, mirándose a los ojos mientras él la sostenía por los brazos.

—No te equivoques, Iris Rowland. Te deseo más de lo que he deseado a nadie jamás. Pero no me aprovecharé de ti.

Ella soltó un suspiro impaciente, molesta por su insistencia en mantenerla a distancia. La había alejado una vez antes, y odiaba la idea de que lo hiciera de nuevo. Tenía edad suficiente para casarse. No necesitaba ser cuidadoso con ella. —Si la memoria no me falla, fui yo quien te trajo aquí y te pidió que me besaras.

—Sí, y no deseo nada más que llevarte a mi habitación y hacerte mía ahora mismo. Pero esta

no es una decisión que se deba tomar a la ligera, en el calor del momento. Si algo más va a suceder entre nosotros, necesito que estés segura.

No pudo evitar animarse con sus palabras. Una gran parte de ella quería rogarle que hiciera precisamente eso, pero él tenía razón. No estaba pensando con claridad en este momento. Pero ¿alguna vez estaría en sus cabales cuando se trataba de este hombre?

Lo siguió desde detrás de la estantería y lo observó cruzar la habitación y dirigirse a la puerta. La puerta que aún estaba abierta y por la que cualquiera podría haber entrado mientras se besaban. O hablaban de hacer el amor, para el caso.

Estaba agradecida entonces de que al menos uno de ellos aún tuviera la presencia de ánimo para detener su comportamiento tan inapropiado antes de que los atraparan juntos a solas.

Él se volvió cuando llegó a la entrada. —Esperaré una señal tuya de que deseas continuar. Pero estate muy segura de tu decisión, Iris. Porque una vez que empiece contigo, no podré detenerme.

Se fue, e Iris se dio cuenta de que su corazón latía aceleradamente. Wentworth la deseaba y, por alguna razón incomprensible, estaba actuando como un caballero. Pero seguía siendo un sinvergüenza, y ella sabía que se necesitaría muy poco para convencerlo de que ella pertenecía a su cama.

No conduciría al matrimonio, por supuesto, pero se dio cuenta de que ella también lo deseaba. No creía que fuera a cambiar de opinión, pero se tomaría el tiempo para considerar qué debía hacer a continuación.

Lily. Su hermana se había casado con un sinvergüenza. Uno que se la había llevado. Iris necesitaba hablar con su hermana y pedirle consejo.

Se dirigía a la habitación de su hermana cuando se detuvo. ¿Y si ella y su marido estaban haciendo el amor en ese momento? Su rostro se arrugó. No tenía ningún deseo de interrumpir intimidades entre Lily y Seaford.

Cambió de dirección y se dirigió a su dormitorio. Le pediría a uno de los sirvientes que entregara una nota pidiéndole a Lily que viniera a verla cuando le fuera conveniente.

No sería lo suficientemente pronto.

CAPÍTULO NUEVE

WENTWORTH ESPERÓ lo que pareció una eternidad a que Thornton o Seaford bajaran las escaleras. Prefería hablar con Seaford, pero si era necesario, Thornton también serviría.

Quería esperar en el comedor, pero suponía que sus esposas estarían con ellos. Así que se dirigió a la sala de billar.

Estaba bendecidamente vacía. De todos modos, preparó la mesa en un intento de distraerse. Realmente no necesitaba la práctica, y a decir verdad, la acción no ocupaba sus pensamientos en absoluto.

Iris había logrado meterse bajo su piel, y estaba empezando a sospechar que le gustaba mucho tenerla allí.

Acababa de embocar la bola por lo que parecía la centésima vez cuando se dio cuenta de que ya no estaba solo.

—No esperábamos encontrarte aquí tan temprano. ¿Siquiera llegaste a la cama anoche?

Las palabras de Thornton le pusieron los dientes de punta. De alguna manera, contuvo la aguda réplica que brotó de sus labios y en su lugar se giró para devolver el taco con los demás.

Cuando se volvió, se sintió aliviado al ver que Seaford estaba junto a Thornton.

Seaford lo examinaba demasiado de cerca, como si pudiera notar que Wentworth estaba nervioso y por qué. —¿Te gustaría un poco de competencia esta vez?

—No. Pero necesito hablar con ustedes dos. A solas.

Se dirigió a la puerta y le echó el cerrojo. Cuando se volvió para enfrentar a la pareja, sus expresiones eran cuidadosamente neutrales.

Thornton habló primero. —Estás aburrido. No te preocupes, podemos disculparte cuando te vayas.

Juntó las manos detrás de la espalda y se preparó para las reacciones de los hombres. —¿Cómo supieron cuándo habían encontrado a la mujer con la que querían casarse?

Seaford y Thornton intercambiaron miradas. Fue el primero quien preguntó: —¿Iris?

La calma de Wentworth se estaba desvaneciendo rápidamente. —Sí, maldita sea —Metió las manos en los bolsillos de su abrigo y comenzó a pasearse—. No entiendo lo que está pasando. Tenía un plan. Al estar atrapado aquí, estaba seguro de que pronto me daría cuenta de que estaba equivocado sobre ella. Que no podía ser tan interesante como sospechaba. Ciertamente no lo suficientemente fascinante como para explicar por qué mis pensamientos siguen volviendo a nuestro encuentro casual —Se detuvo de pasear y giró para enfrentarlos—. Era un buen plan.

Thornton alzó una ceja. —¿No puedes sacarla de tus pensamientos?

Los labios de Wentworth se torcieron hacia un lado. —No, maldita sea, y es condenadamente

inconveniente.

Seaford se acomodó en una silla y juntó las manos sobre su cintura. —¿Cuándo exactamente la conociste?

Wentworth hizo una mueca. —Fue cerca del final de la temporada, durante ese último baile. Había acordado encontrarme con alguien —no, ¡no con ella!— en los jardines. En cambio, me topé con ella.

Thornton se tensó. —¿Qué pasó?

Wentworth frunció el ceño. —No la violé, si es lo que estás pensando. No necesito forzarme sobre doncellas cuando puedo tener toda la compañía femenina que desee.

—Entonces, ¿qué? ¿Tuviste una conversación agradable con ella? —La voz de Seaford era sorprendentemente ecuánime.

—Le advertí que no era prudente hacer planes para encontrarse con alguien a solas en los jardines.

Thornton y Seaford se miraron, y Wentworth casi gruñó. —Ahórrense sus lugares comunes sobre mi hipocresía. Soy muy consciente de la ironía de lo que estaba diciendo, por eso sentí que era mejor advertirle sobre todos los canallas que caminan entre nosotros. Hombres que no tendrían escrúpulos en llevar las cosas más allá de lo que una joven tonta en busca de amor esperaría.

El silencio descendió por varios segundos, y se dio cuenta de que casi había gritado esa última frase. Él, que podía encontrar diversión en casi cualquier situación y que nunca levantaba la voz. Pero solo pensar en el daño que podría haberle ocurrido a Iris en ese jardín lo hacía querer arrancarse el cabello.

También planteaba una pregunta más importante que no había querido considerar: ¿por qué le importaba tanto?

Seaford se inclinó hacia adelante. —No te preguntaré qué sucedió exactamente en ese jardín, pero solo porque es evidente para todos que Iris no te teme. Pero dime, ¿qué pasó cuando Iris regresó al baile?

Wentworth frunció el ceño. —Esto fue justo al final de la temporada, así que no pasó nada.

Thornton cruzó los brazos sobre el pecho y lo observó en silencio. Era condenadamente incómodo.

Seaford continuó. —Con tus otras amantes, ¿por qué estás siquiera aquí, Wentworth? Estoy seguro de que tienes una amante, y Londres está lleno de viudas en este momento que intentan evitar a sus familias.

Wentworth se dejó caer en un sillón. —La despedí.

Los ojos de Thornton se ensancharon. —¿A tu amante? ¿Y qué hay de las otras mujeres?

Negó con la cabeza. —No ha habido otras mujeres.

Seaford sonrió con suficiencia. —Ahora veo el problema. Estás obsesionado con pensamientos sobre Iris.

Wentworth se puso de pie de un salto y comenzó a pasearse de nuevo. —No lo entiendo. Es una simple chiquilla. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ella?

El tono de Seaford ahora era serio. —Dime, ¿mantuviste tu cita esa noche en los jardines?

Wentworth hizo una mueca. —No. La envié lejos.

—¿Por qué? —insistió Seaford.

—Porque no podía soportarlo cuando me tocaba. Lo permití al principio, esperando que pudiera borrar todos los pensamientos de Iris, pero al final tuve que apartarla.

Thornton se acomodó en el sillón que Wentworth había abandonado. —¿Y después de esa

noche?

Wentworth los enfrentó. —Es un patrón que se ha repetido con todas las demás mujeres. Después de las primeras, dejé de intentarlo.

—Pero las cosas son diferentes con Iris —dijo Seaford.

Wentworth frunció el ceño. —Sí.

Un atisbo de sonrisa tocó los labios de Thornton. —Es muy hermosa.

—E inteligente —agregó Seaford.

—Y ingeniosa, hechizante, condenadamente desconcertante... —Wentworth se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Hacia dónde se dirigían sus pensamientos.

Seaford y Thornton compartieron otra mirada significativa. Fue Seaford quien habló. —La amas.

Wentworth negó con la cabeza. —No puedo. Soy incapaz de tal sentimentalismo.

Thornton se reclinó en la silla y le sonrió con complicidad.

—Estás viendo a dos solteros empedernidos que no creían en el amor.

Wentworth se apoyó contra la mesa de billar y frunció el ceño.

—Sé que tendré que casarme eventualmente, por supuesto. Asegurar la línea familiar y todo eso.

Seaford se rio.

—Eso es exactamente lo que pensábamos nosotros también. Pero luego nos vimos embrujados por las mujeres que ahora son nuestras esposas.

Wentworth se cruzó de brazos y cerró los ojos mientras consideraba sus palabras. Sus pensamientos habían estado peligrosamente cerca de esta conclusión, pero cada vez que consideraba que podría *querer* casarse con Iris, apartaba la idea tan rápido como llegaba. Pero la idea de otro hombre casándose con ella, tocándola y llevándola a la cama...

Maldijo en voz alta.

Parecía que esta Navidad le daría a su madre su más profundo deseo. La noticia de que pronto se casaría. Porque *iba* a suceder pronto.

Solo tenía que convencer a Iris de que no estaría cometiendo un gran error al aceptar su proposición.

CAPÍTULO DIEZ

DESPUÉS DE SUS breves besos en la biblioteca aquella mañana, el mundo parecía brillante y nuevo. Emocionante.

Iris logró hablar con su hermana, y esa conversación había ido mejor de lo que pensaba. Esperaba que Lily le advirtiera que se mantuviera alejada de un hombre como Wentworth. En cambio, le instó a continuar con precaución y a confiar en sus propios instintos.

El marido de Lily era prueba de que un libertino podía reformar sus costumbres y convertirse en un esposo devoto, pero Iris no esperaba que el rayo cayera dos veces. Wentworth no se enamoraría de ella, y mucho menos querría casarse con ella.

Aun así, quería estar con él. No le costaría mucho enamorarse de él, y esperaba que solo tuvieran estos próximos días juntos. A pesar de que la parte lógica de su mente le decía que sería más seguro proteger su corazón, su intuición le decía que disfrutara de lo que él estuviera dispuesto a compartir con ella. Ya lidiaría con un corazón magullado más tarde.

Una vez tomada su decisión, no deseaba otra cosa que hablar con él de nuevo. Como ayer, las mujeres y los hombres estuvieron separados durante gran parte del día. Podía notar que Celia y Lily se sentían igual que ella y no deseaban otra cosa que sugerir que se colaran en la sala de billar para ver qué hacían los hombres.

Después de todo, no era como si no supieran jugar.

Finalmente, llegó el momento de vestirse para la cena. Pero hoy Wentworth no la esperaba fuera de su alcoba. A pesar de lo que había dicho en la biblioteca, empezaba a preocuparse por si había cambiado de opinión.

Y entonces lo vio esperándola al pie de las escaleras. No intentó contener su sonrisa. El tiempo de las pretensiones había quedado atrás.

Wentworth se inclinó sobre su mano y la condujo al salón, que ya estaba lleno de invitados. No había privacidad, pero a Iris no le importaba. Porque Wentworth estaba siendo atento. Si no lo conociera mejor, habría pensado que la estaba cortejando.

Era imposible no notar las miradas que les lanzaban durante toda la cena. Casi podía leer sus pensamientos mientras todos intentaban descifrar qué estaba pasando entre ella y Wentworth. Él era atento pero frustradamente circunspecto.

Como la noche anterior, pudieron robar unos minutos juntos.

—Espero que nieve mañana —dijo Wentworth cuando por fin estuvieron solos.

O tan solos como se puede estar en una habitación llena de gente.

—¿Esperas que nos quedemos atrapados por la nieve, milord? No pensé que fueras tan aficionado a las fiestas en casa.

El bajo timbre de su voz recorrió sus terminaciones nerviosas cuando se inclinó un poco más cerca. —Lo soy cuando tú estás presente.

Ella escudriñó su rostro, diciéndose a sí misma que sería una tonta si buscara algún signo de apego emocional en este hombre.

Las mujeres se estaban reuniendo de nuevo junto al pianoforte, y el corazón de Iris comenzaba a acelerarse. Pronto la arrastrarían al grupo.

Tomó una respiración profunda y moduló su voz para que fuera apenas un susurro. —Ven a mi habitación más tarde.

Lo había sorprendido. Pero no hubo tiempo de escuchar su respuesta porque Violet se detuvo frente a ellos.

—Ustedes dos pueden charlar más tarde. Ven y únete a nosotras, Iris. —Empezó a girarse pero dio media vuelta, como si se diera cuenta de que acababa de ser grosera—. Por supuesto, también eres bienvenido a unirte a nosotras, milord. Podríamos usar más hombres.

Iris encontró su mirada. —¿Te unirás a nosotras?

Él hizo una mueca. —Mi voz para cantar no ha mejorado desde la última vez que preguntaste. En cuanto a lo otro, nada podría mantenerme alejado.

Iris flotó durante el resto de la noche. Después de los villancicos, varios invitados se dividieron en grupos para jugar al whist, mientras que algunos otros se turnaban en el pianoforte. Iris se emparejó con Wentworth contra Lily y Seaford para una partida de whist. Ella y Wentworth ganaron solo uno de los tres juegos, pero estuvieron cerca en los otros dos.

Finalmente, por fin, la gente empezó a despedirse para irse a dormir. El nerviosismo luchaba con la emoción dentro de ella mientras Wentworth hacía lo mismo. No la tocó, y nada en su expresión era impropio, pero seguramente eso en sí mismo era una señal de que no había cambiado de opinión. Estaba siendo cuidadoso para que nadie sospechara que visitaría su alcoba esta noche.

Una hora más tarde, empezaba a preocuparse. Había apresurado a su doncella, fingiendo que estaba cansada y deseando acostarse. Luego, después de que la joven se hubiera ido, había comenzado a caminar de un lado a otro.

Luego se había sentado a leer, pero descubrió que no podía concentrarse en las palabras.

¿Había cambiado Wentworth de opinión? O tal vez había sido retenido por otra persona. ¿Y si Lily le hubiera contado a Seaford lo que podría pasar esta noche? Su cuñado podría haber advertido a Wentworth que se mantuviera alejado.

Eso no serviría. Tendría que ir a su dormitorio en su lugar.

Estaba de pie y a punto de abrir la puerta cuando se dio cuenta de que no sabía dónde dormía Wentworth. Frunciendo el ceño, comenzó a caminar de un lado a otro. Wentworth la había visto salir de su alcoba aquella primera noche, pero Violet y Clara habían estado con ella. Podría no saber de qué habitación estaban saliendo. Incluso ahora, podría estar esperando en el pasillo a que ella apareciera.

Se apresuró hacia la puerta y la abrió de golpe. Miró primero hacia un lado, luego hacia el otro.

La decepción la invadió. El pasillo estaba vacío.

Y entonces Wentworth se materializó de entre las sombras.

Ella solo pudo sonreír, la anticipación creciendo, mientras esperaba a que él entrara en la habitación. Él guardó silencio mientras se giraba para cerrar la puerta con llave.

Y entonces ella estaba en sus brazos, su cuerpo presionado contra la puerta mientras él asolaba su boca en un beso que hablaba de su propia impaciencia.

Pasaron varios minutos así, envueltos el uno en el otro mientras se besaban hasta saciarse. Ella enredó sus dedos en su cabello oscuro y se deleitó con la sensación de tenerlo presionado contra ella, la dura longitud de su excitación presionando contra su vientre.

Finalmente, él levantó la cabeza y la miró, sus ojos oscuros de deseo.

—Pensé que nunca abrirías esta puerta. Empezaba a preocuparme de que fuera la habitación de tu hermana. —Acunó su barbilla y trazó su labio inferior con el pulgar—. ¿Estás segura de que deseas que me quede?

Lily le había dicho a Iris que cuando llegara el momento, sabría si debía proceder. Buscó en su interior un atisbo de duda y no pudo encontrar ninguno. Solo anticipación y una sensación de certeza.

Asintió. —Pero me temo que agote mi reserva de valentía al hacer esta invitación. Necesitas decirme qué hacer.

—Estoy tratando de convencerme de que no estoy soñando.

Parecía tan sincero, pero Iris no podía entender por qué. Seguramente no habría una mujer viva que pudiera resistirse a este hombre.

Ella acunó su mejilla.

—Puedo asegurarte que no estás soñando.

Enredó sus dedos en el cabello de él nuevamente, disfrutando de la sensación de las cortas hebras oscuras entre sus dedos, y le instó a bajar la cabeza. Y entonces él la besó de nuevo.

Iris estaba decidida a no preocuparse por el futuro. Tendrían esta noche, y quizás la noche siguiente si Wentworth no quedaba decepcionado. Cuando llegara el momento de partir, cada uno seguiría su propio camino.

Ella se dirigiría a la finca de Seaford y Lily, donde su familia se reuniría con ellos para Navidad. Esperaba que Wentworth se dirigiera a su propia finca para pasar la Navidad con su familia. Pero no se lo preguntaría. Si él volvía a Londres para buscar la compañía de otra mujer, ella no quería saberlo.

Tal vez cuando la temporada comenzara de nuevo en unos pocos meses, ella estaría lista para superar a este hombre. Para encontrar a alguien que la intrigara aunque fuera una fracción de lo que él lo hacía. Pero hasta ese día, iba a aprovechar el breve tiempo que tenían juntos.

—Iris.

Su nombre fue un gruñido bajo, y le envió un escalofrío de anhelo. Ella no era solo una mujer con la que él pasaba la noche. Él había estado obsesionado con ella, curioso sobre ella, y su necesidad era obvia en esa única palabra pronunciada con dureza.

Se dio cuenta de que no sabía su nombre de pila.

Él trazó besos a lo largo de su mandíbula, luego posó su boca en el costado de su garganta. El deseo se acumuló en su vientre, lo que la sorprendió. Había visto a Seaford besar a Lily de una manera similar. ¿Su hermana también había experimentado esta repentina avalancha de necesidad?

—¿Sí, Wentworth? —Se sorprendió por su tono ronco.

Cuando él levantó la cabeza para mirarla, tenía las cejas fruncidas.

—Eso no servirá.

Sus pensamientos estaban confusos, y no entendía qué había hecho mal.

—¿Mi lord?

Su ceño fruncido se convirtió en una mueca.

—Eso es aún peor. Mi nombre de pila es Henry.

La admisión la sorprendió. Parecía un nombre tan ordinario para un hombre tan

extraordinario.

—Henry —Lo probó, pero ahora era su turno de fruncir el ceño. No, no le quedaba bien—. ¿Puedo llamarte Harry? —Eso parecía más casual, no tan formal. Podía imaginar a un Harry haciéndole cosas indecibles. Henry, no tanto.

Su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en una amplia mueca.

—Nadie me ha llamado así antes.

Debía haberse excedido.

—Me disculpo...

Él depositó un beso en su boca.

—Me gusta. Puede ser tu nombre especial para mí.

Esto se estaba acercando a un territorio peligroso. Ella no podía tener un nombre especial para él. Era solo una mujer entre muchas.

Debería protestar. Decirle que no tenía que fingir con ella. Que había aceptado el hecho de que solo estarían juntos por un corto tiempo, después del cual ambos seguirían con sus vidas normales. Él hacia nuevas aventuras y otras mujeres, y ella hacia un matrimonio respetable con alguien que nunca la haría sentir de la misma manera que él podía.

Sus pensamientos se dispersaron cuando él la tomó en sus brazos y cruzó la habitación hacia la cama. En lugar de dejarla caer sobre ella y hacerle cosas perversas, la dejó de pie junto a la cama.

La miró a los ojos durante varios segundos antes de hablar.

—Voy a ser cuidadoso, pero debes saber que habrá dolor.

Su preocupación la conmovió.

—Sé lo que debo esperar, pero temo que me encuentres insuficiente.

Él le sujetó el mentón.

—Nunca.

CAPÍTULO ONCE

ELLA NO LE CREYÓ. Lo cual, por supuesto, la convertía en una joven sabia. Pero pronto aprendería que él le estaba diciendo la verdad.

—¿Soy tu primera vez?

Sospechaba que ya sabía la respuesta.

Ella asintió.

—Mi hermana dijo que hay cosas que puedes hacer para asegurarte de que no quede embarazada.

Una imagen repentina invadió sus pensamientos. Iris, con el vientre redondo por su hijo, sonriéndole. El pensamiento debería aterrorizarlo, pero estaba empezando a darse cuenta de que Thornton y Seaford podrían tener razón. Sus sentimientos por Iris iban mucho más allá del deseo. Quería la eternidad con ella.

Asintió a modo de respuesta. Quería decirle que no importaba ya que él cuidaría de ella, pero no estaba seguro de que le creyera. Nunca había hecho falsas promesas a una mujer, pero ella no lo sabría.

Ya se preocuparía más tarde de cómo convencerla de que nunca habría otra mujer para él. Pero primero tenía que ocuparse de asegurarse de que Iris se volviera tan adicta a su tacto que nunca querría a otro.

Dio un paso atrás y comenzó a desvestirse. Los ojos de ella estaban muy abiertos mientras lo observaba quitarse el abrigo y el chaleco y dejarlos caer al suelo. Luego se quitó la corbata y la camisa, arrojando ambas prendas sobre el montón. Su ayuda de cámara le daría un sermón mañana por la mañana sobre cuidar mejor su ropa, pero en este momento Wentworth no podía detenerse.

Le gustaba la forma en que los ojos de ella estaban clavados en su pecho, con la boca ligeramente abierta. Le dolía moverse tan lentamente, pero tenía que estar seguro de que ella lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Que no cambiaría de opinión.

Así que se quedó allí, desnudo hasta la cintura, y esperó para ver qué haría ella.

Ella no lo decepcionó cuando se acomodó en la cama y se reclinó sobre sus codos.

—Puedes continuar —dijo con un gesto de una mano hacia sus pantalones.

Él se rió, encantado.

Desabrochó la bragueta de sus pantalones, con la mirada fija en ella. Su respiración se aceleraba ahora. Quería provocarla, pero lo haría en otra ocasión. Ya estaba más duro de lo que había estado en su vida, y no estaba seguro de cuánto duraría su paciencia.

Se quitó el resto de su ropa, el peso de la mirada de ella recorriendo su piel como una caricia.

—Ahora puedo ver por qué tanto alboroto.

Frunció el ceño, odiando que ella hubiera escuchado a otros chismorrear sobre él. No estaba sorprendido, no realmente, pero el pensamiento le molestaba más de lo que debería. Ahora mismo, aquí en esta alcoba, eran solo ellos dos. No quería que Iris pensara en nadie más.

Esperó a que ella lo mirara a su gusto. Cuando finalmente se encontró con su mirada divertida, ella sonrió.

—Difícilmente puedes culparme por ser curiosa.

Él se acomodó en el borde de la cama, sentándose cerca sin tocarla.

—Tal vez me harías el honor de satisfacer mi propia curiosidad.

El calor inundó su rostro, pero sus manos se elevaron hacia la cinta que estaba atada en la parte delantera de su camisola, sosteniéndola en su lugar.

Él esperó, pero parecía que Iris podría haber alcanzado los límites de su valentía. Sus dedos se encontraron con los de ella, y tiró de la cinta, con los ojos fijos en la forma en que la fina tela blanca se separaba, revelando sus pechos.

—No estoy bien dotada...

Él detuvo su protesta con un beso hambriento.

—Eres perfecta, Iris.

Le permitió tomar la iniciativa, disfrutando de la forma en que su mirada, luego sus manos, vagaban por sus hombros y su pecho.

—Eres tan duro.

Él le bajó la camisola de los hombros y le ahuecó los pechos.

—Y tú, querida, eres deliciosamente suave.

Ella cayó de espaldas, tirando de él sobre ella, y él fue de buena gana. Su mente estaba llena de todo lo que quería hacer con esta mujer. Pero de alguna manera necesitaba ir más despacio, o todo terminaría demasiado pronto y su único recuerdo de su primera unión sería lo mucho que le había dolido.

Se movió más abajo y tomó uno de sus pechos en su boca, deleitándose con su sabor y con la forma en que ella jadeó y enredó sus dedos en su cabello. Pasó algún tiempo allí, yendo de un pecho al otro, sintiendo el latido acelerado de su corazón bajo su boca y manos. Pero no era un hombre paciente, y su cuerpo ya amenazaba con derramarse. Ya había esperado una eternidad por Iris.

Bajó más, besando su vientre mientras tiraba de la camisola por debajo de sus caderas. De alguna manera evitó rasgar la tela mientras se movía hacia un lado y la arrastraba por sus piernas.

Se levantó sobre sus brazos entonces, mirando a lo largo de su cuerpo. Iris se mordió el labio inferior mientras lo esperaba.

No había pensado que fuera posible que una mujer le quitara el aliento, pero Iris lo hizo. Y no era porque estuviera tendida en abandono lascivo. No, ya había tenido suficiente de mujeres que se sentían cómodas con su sexualidad. Pero la confianza de Iris lo humillaba. Él era su primero, y si Dios quería, sería su último. El único hombre que la vería así.

—¿Confías en mí?

Sus acciones decían que sí, pero necesitaba escuchar las palabras.

—Sí.

—Buena chica. Ahora abre las piernas para mí.

Le tomó unos segundos, pero con un asentimiento y una sonrisa temblorosa, lo hizo.

Y entonces le mostró cómo podía darle placer sin ningún dolor. Primero con sus dedos, y luego con su boca. No creía que pudiera tener suficiente de esta mujer. La forma en que jadeaba

de sorpresa, luego gemía de placer.

Y su susurro "Harry" cuando cubrió su monte con su boca casi lo hizo derramarse contra las sábanas.

No le tomó mucho tiempo llevarla a su primer orgasmo de esa manera, y luego se colocó sobre ella. Ella lo besó con abandono, sin importarle que él sabía a ella.

Empujó dentro de ella, penetrándola con un rápido empujón, y luego se quedó quieto una vez que el cuerpo de ella lo apresó.

Había escuchado su jadeo de dolor, pero necesitaban superar esa parte rápidamente. Nunca había tomado la virginidad de una mujer, y probablemente estaba arruinando todo el asunto, pero de alguna manera encontró la fuerza para quedarse quieto.

Los dientes de ella se habían clavado en la piel de su hombro, y se preguntó por un momento si le había sacado sangre. Dado que la había penetrado como un joven inexperto, no iba a quejarse si lo había hecho.

Porque el leve escozor de su mordisco no era nada comparado con la dicha de estar dentro de ella. Mezclado con la tortura de no moverse.

La besó, esperando llevarla de vuelta al placer. Ella apartó su boca de la de él después de unos segundos y lo miró fijamente.

—Eres tan grande.

Él gimió y cerró los ojos. Esta mujer estaba tratando de matarlo.

—¿Todavía te duele?

Una pequeña arruga se formó entre sus cejas.

—No creo que sea así.

Él tomó una respiración profunda y reunió la fuerza de voluntad para salir de su cuerpo lentamente antes de volver a entrar en ella con suavidad.

Ella cerró los ojos y su boca se entreabrió.

Él la observó atentamente.

—¿Y ahora qué?

—Hazlo otra vez.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Con gusto, mi señora.

Y entonces le hizo el amor, moviéndose dentro y fuera de ella con cuidado. Nunca antes había disfrutado tanto observando el placer que provocaba en su compañera de cama. Oh, se aseguraba de que experimentaran placer —no era tan egoísta—, pero su satisfacción nunca había servido para intensificar la suya propia.

Pero con Iris... Cada vez que ella gemía y se aferraba a él, la forma en que sus piernas se elevaban para abrazarlo... Sentía como si su corazón fuera a explotar.

Finalmente, ella llegó al clímax, y de alguna manera él tuvo la presencia de ánimo para ahogar sus gritos de placer con un beso. Cuando se retiró de ella para terminar, juró que algún día, pronto, no necesitaría tomar tales precauciones. Porque Iris era suya.

Se movió hacia un lado, disfrutando la forma en que ella lo siguió y se acomodó en su abrazo.

Los dedos de ella trazaron su espalda, su cadera, y luego dejó un beso en su pecho y lo miró.

—Gracias, Harry. Espero... —Desvió la mirada y él esperó. Finalmente, después de tomar una respiración profunda, volvió a mirarlo a los ojos—. Cuando nos vayamos de aquí, espero que me recuerdes con cariño de vez en cuando.

Él volvió a colocarse sobre ella, encerrando su cuerpo bajo el suyo mientras la miraba a los

ojos.

—Ni siquiera estoy cerca de haber terminado contigo.

CAPÍTULO DOCE

IRIS DESPERTÓ con una sonrisa en el rostro. La noche anterior había sido gloriosa. A pesar de que solo habían hecho el amor una vez —le había dicho que estaba demasiado adolorida para hacerlo de nuevo—, él había pasado la mayor parte de la noche con ella.

Se había escabullido justo antes del amanecer, dejando un beso en su frente antes de marcharse.

Se dio la vuelta y enterró la cara en la almohada que aún olía a él. No podía nombrar ese aroma, pero ahora era su favorito.

Había estado soñando con él antes de despertar, y cerró los ojos, intentando recapturar las últimas imágenes. Estaban de vuelta en aquel jardín donde se habían conocido, y él le estaba diciendo algo...

Sus ojos se abrieron de golpe. Él le había dicho que la amaba en el sueño. Peor aún, ella había jurado que nunca amaría a otro hombre.

Saltó de la cama y miró horrorizada las sábanas revueltas.

Estaba enamorada de Wentworth.

Empezó a caminar de un lado a otro. Esto era terrible. Solo tendrían una noche más juntos, y luego ambos se irían. Ella para unirse a su familia en la celebración de la Navidad con Lily en la finca de Seaford, y él a Londres.

Y a otras mujeres.

No, esto no podía ser. No podía estar enamorada de ese hombre. Se estaba comportando como cualquier otra joven tonta y sentimental. Sus emociones estaban todas enredadas porque Wentworth había sido amable con ella, apasionado y generoso.

Y ningún hombre podría jamás competir con él.

Había cometido un terrible error.

Se dejó caer de nuevo en la cama y alcanzó su almohada, abrazándola contra su pecho. No, no había sido un error. Imprudente, quizás, pero no se arrepentía de haber estado con él.

Pero una cosa estaba dolorosamente clara: no podía pasar otra noche con él. Su corazón ya dolía con el conocimiento de que no podía tenerlo. Si se permitía pasar otra noche con él, su corazón nunca se recuperaría.

CAPÍTULO TRECE

IRIS LO ESTABA EVITANDO, y él no sabía por qué.

Después de pasar la mayor parte del día separados, ella se había mostrado distante durante la cena. Cordial. Educada.

Lo odiaba.

Cuando terminó la comida, la vio salir del comedor con las otras mujeres. Entonces se levantó y rodeó la mesa. Se acercó a Thornton, luego a Seaford, e inclinó la cabeza hacia un lado de la habitación.

No estaban solos, pero ya no le importaba la discreción. Si los demás querían escuchar su conversación, eran bienvenidos.

—Iris me está ignorando —dijo.

Thornton frunció el ceño.

—¿Qué hiciste?

—¡Nada! —Se estremeció. Bajó la voz hasta que apenas fue un susurro antes de añadir—: Estuvimos juntos anoche, pero juro por mi honor que fue consensual. *Ella* me invitó a *mí* a su alcoba.

Seaford alzó una ceja.

—¿Y?

—Fue glorioso. Increíble. La mejor noche de mi vida. Pero ahora apenas me habla y no entiendo por qué.

Ambos hombres cruzaron los brazos sobre el pecho como si hubieran coordinado el movimiento. Fue Seaford quien habló.

—¿Cuáles son tus intenciones? ¿Estás decepcionado porque esperabas pasar otra noche con ella antes de seguir tu alegre camino?

Wentworth frunció el ceño.

—No. —Se dio cuenta de que había hablado demasiado alto cuando varias cabezas se giraron en su dirección—. Iris es mía. Quiero casarme con ella.

Los ojos de Thornton se abrieron de sorpresa. Seaford, sin embargo, le dio una palmada en la espalda. No parecía sorprendido por el arrebato.

—¿La dejaste satisfecha?

—Por supuesto. Necesito hablar con ella.

Thornton dejó escapar un suspiro resignado.

—Difícilmente podemos permitirte que te la lleves. Pero quizás nuestras esposas puedan alejarla del salón de baile para que puedas hablar con ella.

El alivio lo inundó.

—Gracias. Estaré eternamente en deuda con ustedes.

—No nos agradezcas todavía —dijo Seaford—. Las mujeres Rowland pueden ser bastante obstinadas.

Lo hicieron esperar un interminable cuarto de hora antes de anunciar que era hora de unirse a las mujeres para la velada.

Al entrar en el salón de baile, Wentworth escaneó los grupos de mujeres. Encontró a Iris sentada entre dos mujeres mayores. Ella debía haber oído entrar a los hombres en la habitación —varios estaban discutiendo sobre si se despertarían con nieve al día siguiente—, pero no miró en su dirección.

Definitivamente Iris se estaba alejando de él, y necesitaba descubrir por qué para poder arreglar la situación. Si fuera cualquier otra mujer, habría celebrado el hecho de que no hubiera muestras incómodas, simplemente una separación mutua después de una noche agradable juntos. Pero la distancia de Iris lo hacía sentir como si le faltara una parte de sí mismo.

Se movió hacia un lado de la habitación, con cuidado de mantenerla a la vista por si cambiaba de opinión y le daba una señal de que quería que se acercara. Pero ella se concentró en las dos mujeres sentadas a su lado, excluyendo todo lo demás.

Fieles a su palabra, Thornton y Seaford se acercaron a sus esposas. Después de una breve conversación, durante la cual ambas mujeres lo miraron, la vizcondesa Thornton y la condesa de Seaford se acercaron a Iris y le dijeron algo. Probablemente le pidieron que las acompañara, ya que Iris se levantó y siguió a las mujeres fuera de la habitación.

No lo miró, pero estaba claro que sabía exactamente dónde estaba parado. Era la única parte de la habitación que evitaba mirar.

Seaford se acercó.

—La están llevando justo al final del pasillo. Nos quedaremos junto a la puerta para retrasar a cualquiera que quiera salir de la habitación, pero no podremos bloquear la salida por mucho tiempo.

La opresión alrededor de su corazón comenzaba a aliviarse.

—Gracias.

Se escabulló de la habitación y vio al trío de mujeres agrupadas al final del pasillo a una distancia considerable. Iris estaba agarrando la mano de su hermana y susurrándole algo.

Comenzó a acercarse al grupo, sus pasos vacilando cuando Iris se volvió para mirarlo. El dolor en su rostro lo desgarró.

Inclinó la cabeza hacia las dos mujeres.

—Gracias por entender y acceder a darnos un momento para hablar.

La esposa de Seaford frunció el ceño.

—Ten cuidado con el corazón de mi hermana.

Él asintió.

Iris las vio marcharse, con una expresión desolada en su rostro.

De alguna manera se contuvo de alcanzarla.

—¿Estás enojada conmigo? ¿Lo arruiné terriblemente anoche?

Ella lo miró entonces.

—No, Harry. Fuiste maravilloso.

Se animó por el hecho de que ella no insistiera en la formalidad entre ellos.

—Entonces, ¿por qué me ignoras ahora?

Ella cruzó los brazos alrededor de su cintura como si él la estuviera lastimando.

—Me estoy enamorando de ti.

Su confesión lo dejó atónito. Había esperado algo así, pero dada la distancia que ella estaba tratando de establecer entre ellos, temía haber hecho algo para que lo odiara.

—Exactamente —dijo ella, con la voz temblorosa. Como si estuviera tratando de contener las lágrimas—. Es un desastre. Parece que no puedo tener una breve aventura contigo. Solo te pido que respetes mis deseos y no me presiones más sobre esto.

No tenía sentido lo que decía.

—Porque me amas.

—Sí. Y tú no te involucras en relaciones amorosas. Solo físicas.

Una comisura de su boca se elevó.

—¿Y si decidiera que podría hacerlo?

Ella escudriñó sus ojos, buscando algo. Fuera lo que fuera, no lo encontró, porque negó con la cabeza.

—Mi corazón nunca lo sobreviviría. No podemos continuar por este camino. Si voy a superar los inconvenientes sentimientos que he desarrollado por ti, tenemos que terminar las cosas ahora.

Pasó junto a él, y él la vio apresurarse por el pasillo. Cuando llegó a la entrada, se detuvo y tomó una respiración profunda. Luego, con los hombros erguidos y la cabeza en alto, entró en el salón de baile.

Iris lo amaba. Pero se estaba alejando porque necesitaba proteger su corazón.

No podía permitir eso, así que por supuesto la siguió. Cuando entró en la habitación, ella estaba de pie con su prima y su hermana de nuevo.

—Iris Rowland.

Su voz resonó por toda la habitación, y todos los ojos se volvieron hacia él. Todos excepto Iris. Ella se puso rígida, pero no se volvió para mirarlo.

Parecía que iba a tener que hacer un espectáculo de sí mismo. Era una suerte que realmente no le importara lo que todos pensaran. Solo le importaba la mujer que amaba.

—Por favor, mírame, Iris.

Algunos empezaron a susurrar, pero rápidamente fueron acallados. Nadie quería perderse lo que estaba sucediendo.

Iris se volvió, y él cruzó la habitación para pararse frente a ella.

—No puedo honrar tu petición porque, verás, te amo. Y solo te quiero a ti.

Los ojos de Iris se abrieron de par en par por la sorpresa. Luego negó con la cabeza.

La determinación lo invadió, y se arrodilló. Cuando alcanzó su mano, ella no se resistió.

—Iris Rowland, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Ella lo miró fijamente.

—Pero... —Tragó saliva—. ¿Estás seguro?

Él observó a los otros invitados que ahora se habían acercado para rodearlos en un círculo apretado. Cuando volvió a encontrarse con su mirada, una expresión de asombro empezaba a formarse en su rostro.

—Parece que me hechizaste aquella noche que nos conocimos. Por favor, sácame de mi miseria y di que te casarás conmigo.

Ella ahora asentía.

—Sí, lo haré. Por supuesto que lo haré.

Él se puso de pie y la atrajo hacia sus brazos.

—No puedo creer que hayas hecho una declaración pública —murmuró ella contra su mandíbula antes de depositar un suave beso allí—. No podrás retractarte ahora.

Él la miró fijamente, invadido por un sentimiento como nunca antes había experimentado. Alegría. Certeza.

Felicidad.

—Supongo que eso significa que ahora estás atrapada conmigo —y entonces la besó porque no había nada como un escándalo público para atar a una mujer a tu lado. Solo por si acaso ella empezaba a tener segundos pensamientos.

EPÍLOGO

Nochebuena

WENTWORTH HABÍA LOGRADO convencer a Seaford de invitarlo a su finca para celebrar la Navidad con su familia y los Rowland. En realidad, era una sugerencia práctica, ya que Wentworth aún tenía que pedir permiso al padre de Iris para casarse con su hija. Técnicamente, debería haberlo hecho antes de proclamar su amor ante una sala llena, pero había estado un poco desesperado.

No le sorprendió que a él e Iris no se les permitiera compartir su carruaje. Aun así, no pudo evitar su humor taciturno cuando Seaford se unió a él, diciéndole que las mujeres disfrutarían charlando juntas en el otro carruaje.

Pero se había vengado cuando los primeros copos de nieve comenzaron a caer al llegar a la finca. Sospechaba que Seaford había planeado pedirle que se marchara después del día de Navidad, pero parecía que la naturaleza estaba del lado de Wentworth.

La sorpresa del Sr. Rowland de que habría otro invitado para Navidad pasó rápidamente. Con un comentario irónico sobre cómo sus hijas parecían estar haciendo un hábito de traer caballeros a casa para Navidad, condujo a Wentworth a la biblioteca. Rowland no fue tan exhaustivo al interrogarlo sobre sus intenciones como debería haber sido, pero sí le concedió su permiso para casarse.

Todo parecía ir a su favor. Excepto que, como había sido su suerte en la vida desde que se topó por primera vez con Iris en aquel jardín, parecía que tendría que esperar aún más para reclamarla completamente. Tres semanas para que se leyeran las amonestaciones en la iglesia parroquial. Afortunadamente, su madre le había escrito para asegurarle que se encargaría de que también se leyeran en la parroquia de su residencia campestre.

Demasiado pronto, Iris regresaría a casa con su padre y su hermana, y entonces Wentworth tendría que esperar esas tres semanas aquí en la finca de Seaford. Porque aunque Rowland podría estar complacido con el próximo matrimonio de su hija, claramente no era lo suficientemente tonto como para permitirles permanecer bajo el mismo techo durante semanas.

Lo que significaba que tendrían que aprovechar al máximo el poco tiempo que tenían juntos hasta que fueran separados.

Agradecido por la nota que Iris había deslizado en sus manos con indicaciones, pudo escabullirse a su habitación nuevamente esa noche. Todos sabían lo que estaba pasando, pero eso no significaba que no debieran ser discretos.

Después de hacer el amor, yacían juntos. La cabeza de Iris descansaba sobre su pecho, y él

pasaba una mano por su columna. Una profunda satisfacción se asentó en él. Después de casarse, tendría que asegurarse de que ella durmiera en su cama todas las noches.

Iris levantó la cabeza entonces, con un pequeño ceño fruncido en su rostro.

—¿Qué sucede, amor? Seguramente no estás ya cansada de nuestro amor.—

Iris suspiró. —Estoy preocupada por papá.—

Su mano se detuvo en su espalda. —Tu padre parece estar bien. Feliz, incluso.—

—Sí, y eso es muy inusual. No viene a la fiesta del vizconde Thornton porque le resulta agotador estar con tanta gente durante varios días.—

Podía entender eso. Algunas personas no les gustaba socializar. —¿Entonces por qué estás preocupada?—

—Porque estaba aquí cuando llegamos. La condesa viuda lo invitó a pasar tiempo aquí mientras estábamos fuera... ¡y aceptó! El año pasado rechazó la invitación para pasar el día de Navidad aquí, pero ahora aquí estamos todos. Creo que podría estar solo. Lo cual me hace sentir horrible por abandonarlo.—

Podía imaginar lo que había atraído a Rowland a visitar a la madre de Seaford mientras ella estaba sola en casa. Estaban siendo discretos, pero captó la forma en que parecían iluminarse cuando estaban en presencia del otro. Y había habido algunas miradas significativas cuando la pareja mayor pensaba que nadie estaba mirando. Si aún no eran amantes, estaban en camino de serlo.

Si Wentworth no se equivocaba, Seaford también sabía lo que su madre tramaba. Pero, ¿cuánto querría saber Iris? No tenía pruebas, solo suposiciones, y este no era su secreto para contar. No era asunto de nadie si la pareja mayor quería pasar tiempo juntos. Y no tenía forma de saber hasta dónde habían llegado cuando se trataba de consolarse mutuamente.

—No deberías sentirte culpable. Lily ya está casada, y pronto tú también lo estarás. Violet podría encontrar a alguien durante la próxima temporada. Tiene sentido que quiera pasar tiempo con una familia que está cerca.—

El ceño de Iris se profundizó. —Si se siente solo, ¿podemos invitarlo a vivir con nosotros?—

Comenzó a acariciar su espalda nuevamente, disfrutando la forma en que ella se inclinaba hacia su toque sin darse cuenta. —Por supuesto. Pero creo que a tu padre le gusta estar aquí.—

Iris lo examinó, y él se dio cuenta de que estaba a punto de revelar el romance secreto de Rowland. Era hora de cambiar de tema. —Necesitas hablar con tu prima sobre la fiesta de Navidad del próximo año. Es ridículo cómo su suegra insiste en mantener a los hombres y las mujeres separados todo el día.

El ceño de Iris se suavizó. —Pensé que los hombres preferían eso.

Él la hizo girar sobre su espalda y se cernió sobre ella. —Este hombre ciertamente no. Y puedo garantizar que Thornton y Seaford tampoco.

Iris soltó una risita. A él le encantaba oírla reír. —¿Supongo que eso significa que vendremos el próximo año para la fiesta navideña?

Las cosas que hacía por amor. Pero mirando a la mujer que pronto sería su esposa, supo que pasaría toda una vida intentando hacerla feliz.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.